

800

6/nov/08 KAC

1779719



Josep M. Benet i Jornet

E. R.

Traducción del catalán de Jose Maria Pou

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

Editado por
Sociedad General de Autores y Editores



No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra,
ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método
sin la autorización escrita de la Editorial.

A Josep Montanyès, el intento imposible,
pagar una deuda de gratitud.

© Josep M. Benet i Jornet
© Para esta edición: SGAE
Logotipo de la colección: Francisco Nieva
Diseño de cubierta y maquetación: Leo G. Navarro
Maquetación: Técnicas Aplicadas
Imprime: Marco Gráfico

D. L. M-42036-1995
I.S.B.N 84-8048-176-5

E. R.

*Esta obra, en su original catalán, fue estrenada el día 26 de octubre de 1994 en
el Teatre Lliure de Barcelona*

REPARTO

MUCHACHA Montserrat Esteve
GLORIA Marta Angelat
ASSUMPTA Mercè Arànega
MARIA Maife Gil

Dirección Josep Montanyès

UNO

Oscuro. Estalla una ovación. Aplausos fervorosos y bravos insistentes, enardecidos, que se prolongan, decaen y desaparecen. Silencio. La luz que ilumina una pequeña zona del escenario nos permite ver a una Muchacha muy joven.

MUCHACHA.— De niña me regalaron un pequeño teatro de cartón. Era un teatrillo antiguo, de segunda mano, con sus decorados y con unas figuritas que representaban a los personajes. Me pasaba las horas jugando con él. Días enteros, sin cansarme. Una mañana lo llevé a la escuela y, no sé muy bien como fue, pero lo cierto es que los niños me perdieron todas las figuritas. Y ya no pude seguir jugando.

Se ilumina el espacio. Estamos en un escenario a la italiana, con la embocadura pintada de azul y oro. Un escenario vacío, avejentado por el uso, de paredes desnudas. Sin ningún decorado, de momento. A excepción, quizá, de un ostentoso cortinaje que cuelga, semirrecogido, a un lado del mismo. Una mujer madura, pero todavía atractiva, vestida de manera cómoda, pero elegante, cruza el escenario con paso rápido y seguro.

GLORIA.— *(Se detiene un instante, se vuelve hacia el lateral por el que acaba de salir y grita con voz dura)* El efecto veinticinco tiene que entrar cuatro segundos antes. ¿entendido? Mañana no levantamos telón sin haberlo comprobado. *(Cariñosa, de repente)* Un beso para todos. Hasta mañana.

Sigue andando hasta que la Muchacha, tímidamente, le corta el paso.

MUCHACHA.— Perdón, señora Marc.

GLORIA.— *(Sonriendo, con deferencia)* ¿Sí?

MUCHACHA.— ¿Me permite un momento?

GLORIA.— ¿Quién te ha dejado pasar?

MUCHACHA.— Me gustaría hablar un momento con usted.

GLORIA.— ¿Qué quieres? ¿Un autógrafo?

MUCHACHA.— No.

GLORIA.— ¡Ah! ¿No te ha gustado mi trabajo? ¿O no has visto el espectáculo?

MUCHACHA.— Sí, sí lo he visto. Usted es la actriz más importante de nuestro teatro desde los tiempos de Encarna Ribera.

GLORIA.— ¿Y tú cómo lo sabes? La Ribera murió mucho antes de que tú nacieras.

MUCHACHA.— Usted sí llegó a conocerla, ¿verdad? Quisiera..., quisiera pedirle que me dedicara un ratito, el día que usted quiera, cuando pueda...

GLORIA.— ¿Quién eres?

MUCHACHA.— Estudio tercero de Interpretación en la Escuela de Arte Dramático. Quiero ser actriz.

Gloria la mira con cierto interés, por primera vez, de arriba abajo.

GLORIA.— ¡Ah! Quieres ser actriz. ¿Eres buena?

Pausa.

MUCHACHA.— Sí.

GLORIA.— Me gusta que no seas modesta.

A partir de ahora Gloria sigue expresándose con brevedad, pero con cierta seductora amabilidad.

MUCHACHA.— Se lo explico: van a montar una obra sobre Encarna Ribera, la actriz. Sobre sus comienzos. El director vino a la Escuela a buscar caras nuevas. Si es posible, quieren que no sea una chica conocida... Usted..., usted conoció a la Ribera.

GLORIA.— Sí, pero no cuando empezaba. Yo viví su final.

MUCHACHA.— Me atrevería a pedirle —si no puede ser, no puede

ser— una entrevista. Sólo un ratito... El que usted quiera y cuando quiera... Me da igual.

GLORIA.— ¿Qué quieres saber?

MUCHACHA.— Cosas de la Ribera. Usted podría contarme algunas. Es que... Verá, el director ha elegido a cuatro aspirantes al papel, entre ellas a mí, y quiere hacernos una prueba. Una de las cuatro estrenará la función. Me gustaría saber cómo era la Ribera. Para entenderla mejor.

GLORIA.— ¿Cuántas aspirantes has dicho...? ¿Cuatro?

MUCHACHA.— Sí.

GLORIA.— Cuatro. *(Sonrisa enigmática)* Y sólo una estrenará el espectáculo... ¿Has hecho teatro profesional?

MUCHACHA.— No.

GLORIA.— Sería la primera vez...

MUCHACHA.— Sí.

GLORIA.— Gracioso.

MUCHACHA.— No tiene nada de gracioso. En absoluto. Quiero preparar bien esa prueba. Por eso, si usted quisiera contarme cosas de la Ribera... Puede que sea una tontería, lo sé, pero... creo que me serviría para preparar el personaje...

GLORIA.— Sí, claro que te serviría. Estoy segura de que te serviría.

MUCHACHA.— Siento molestarla de esa manera, señora Marc...

GLORIA.— No será fácil encontrar un hueco. Me tienen mártir a base de compromisos. La mayor parte son tonterías, estupideces. Pero buscaré en la agenda, a ver si encuentro un hueco. *(Saca la agenda del bolso y consulta algunas páginas mientras sigue hablando)* No me has dicho qué te ha parecido mi espectáculo... Una futura actriz... Es el público que más me asusta.

MUCHACHA.— ¡Me ha entusiasmado! Esa manera tan suya de cambiar de registro...

GLORIA.— *(Termina de consultar la agenda, la guarda y se pone en marcha. La Muchacha la sigue)* A ver si puedes cuando yo te diga. ¿Te importaría que nos viéramos en mi casa?

MUCHACHA.— ¡Al contrario! Estaba convencida de que me iba a decir que no. ¡Muchas gracias, señora Marc!

GLORIA.— *(Iniciando el mutis)* Somos compañeras de oficio: trátame de tú. Encarna Ribera fue la mejor. No hubo nadie que pudiera comparársele. Nadie. Y cuando te digan que yo soy su sucesora, no hagas caso. Mentira. La Ribera fue la Ribera. Y yo soy yo. Eso es todo.

Hace mutis. Con ella desaparece también el cortinaje que, desde un lateral, ha enmarcado esta escena, y aparece en su lugar un artilugio electrónico cualquiera de los muchos que pueblan habitualmente los estudios de televisión (cámara, focos, jirafa, etc...). La Muchacha sigue en escena. Entra ahora otra mujer madura, de facciones enérgicas, vestida con aire deportivo, informal. Habla sola. O eso parece. Aunque puede también que hable en voz alta intencionadamente, para que alguien en concreto se dé por enterado.

ASSUMPTA.— ¡Si no saben hacer televisión que se vayan a escardar cebollinos! ¡El realizador, un inútil! ¡El productor, otro inútil! ¡Y los actores, mas inútiles todavía! Me gustaría saber de dónde los han sacado. Seguro que cobran sueldos de mierda. ¡Claro, por eso les han contratado!, ¡Hala!, no preocuparse, que para eso tenemos a la Roca: para que nos saque las castañas del fuego y resuelva todos los problemas! ¡Pues vais listos, queridos míos, vais listos! ¡Porque a mí me pagan para salir en pantalla a enseñar esta cara de pan bendito que Dios me ha dado, y para que el personal se mee de risa con mis gracias, no para quitarles los mocos y limpiarles el culito a unos técnicos que no saben dónde hay que poner las cámaras y que se cagan patas abajo cuando me ven la cara de cabreo!

MUCHACHA.— Señora Roca.

ASSUMPTA.— *(Brusca)* ¿Qué pasa?

MUCHACHA.— ¿Podría atenderme un segundo?

ASSUMPTA.— ¿Quién te manda? ¿La estúpida de maquillaje?

MUCHACHA.— No. Yo...

ASSUMPTA.— Dile a esa pava que a mí no vuelve a tocarme la cara aunque sea la última maquilladora que quede sobre la faz de la tierra. ¿Me oyes? La próxima vez —¡si es que hay próxima vez!— ya me traeré yo a la maquilladora. ¡Y producción, que no se preocupe, que pienso pagarla de mi bolsillo! Por increíble que parezca, si a mí me coge una buena profesional puedo dar mucho

más guapa que esas pedorras que sólo saben enseñar el culo y las tetas, y que tienen mucho éxito —un par de semanitas, tampoco hay que pasarse —, pero que no saben hacer la O con un canuto, ni decir “Buenos días” como Dios manda, ¡porque tienen el coeficiente intelectual de una burra tibetana!

MUCHACHA.— No soy de maquillaje.

ASSUMPTA.— Entonces, ¿qué coño quieres...? ¿Qué eres? ¿De figuración...? ¿Quieres triunfar en la tele, bonita? Bien hecho. En la tele no pagan mal, no creas. Y si consigues salir una vez por semana, aunque sólo sea a soltar un eructo y volver a esconderte, si consigues eso, ¡tranquila!, que ya habrás triunfado, ¡ya serás POPULAR!, que es lo que importa. Yo también soy “popular”, y me sueltan una pasta gansa para que haga el imbécil y para que todo el mundo diga: “Huy, la Roca, qué graciosa, qué simpática; habla igual que tía Catalina, ¿te acuerdas? Sí, hombre, sí, aquella que estaba un poco lerendi...” Nena, en la tele sólo se hacen mierdas, pero si quieres ser popular métete en la tele, no lo dudes... Yo llevaba veinticinco años de actriz. Me había pateado los mejores teatros, había respirado el polvo de casi todos los escenarios, y tenía mi nombre, tenía “cartel”, y un buen currículum, no creas, con obras serias, con obras de ésas que hablan de seres humanos y del sentido de la vida, pero... no puede decirse que fuera “popular”. No, que va... A mí lo que me ha hecho popular y millonaria —¡millonaria, bonita, millonaria!— es la tele. Así que: “¡Larga vida a la tele!” Pero, ¿sabes lo que te digo? ¡¡Que estoy hasta los ovarios de la tele!! ¡¡Que a mí no vuelven a verme el pelo por aquí!! ¡¡Que la Roca no aguanta más!! *(Gritando, hacia dentro)* ¡¡¡ME VUELVO AL TEATRO...!!! Sí, pero tranquilos, tranquilos, que no desaparezco del todo. Tranquilos, que mamá no os abandona. Tranquilos. Hay una marca que quiere que anuncie sus productos: “Compresas ideales. Las definitivas. Las que vienen a resolver de una vez por todas esa cara de mala leche que se nos pone a las mujeres siete días de cada veintiocho...” Con lo que pagan por este anuncio —suponiendo que seas alguien, que seas “popular”, por supuesto—, voy a vivir una temporada sin problemas. Sin problemas y haciendo lo que me gusta. ¡Haciendo teatro! ¡Sí, señores, sí! ¡Teatro! ¡Y del bueno!

MUCHACHA.— ¿De verdad vuelve usted al teatro? Eso es lo que llevamos mucho tiempo esperando, señora Roca...

ASSUMPTA.— ¿Quién...? ¿Quién lleva tiempo esperando eso, eh? ¿Quién...? Vuelvo al teatro, sí, pero no porque haya nadie “espe-

rando", ¡dejémos de puñetas! ¿Y tú por qué tienes tanto interés en mandarme de vuelta al teatro? Claro, trabajas en la tele, y eres de las que empujan para quitarme el sitio.

MUCHACHA.— No, por Dios.

ASSUMPTA.— Triunfarás, no te preocupes. ¡Triunfarás! En la tele, hasta un hipopótamo puede triunfar.

MUCHACHA.— No trabajo en televisión. Quisiera hacerle una entrevista.

ASSUMPTA.— (*Saltando*) ¿¿Qué?? ¡Aire, guapa! ¡Ya puedes irte por donde has venido! ¡Yo no concedo entrevistas! ¡No me-in-te-resa salir en la prensa del corazón! ¡Yo no permito que fotografíen "los rincones más íntimos de mi casa", ni concedo exclusivas para contar que mi hombre me ha dejado tirada, ni dejo que me "sorprendan" al salir de la clínica después de arreglarme la nariz y estirarme los pellejos! ¡Conste que en mi casa hay rincones preciosos, que los hombres me han dejado tirada miles de veces y que, cuando me apetece, hago que recorten o estiren lo que me venga en gana! ¡Pero eso pertenece a mi vida privada! ¡Eso sólo me incumbe a mí! ¡Y los periodistas, en general, os podéis ir todos a tomar por el culo! ¡Aunque os guste! ¡A mi no me importa!

MUCHACHA.— No soy periodista.

ASSUMPTA.— ¡Fantástico, así no tienes por qué pedirme ninguna entrevista!

Empieza a caminar con intención de irse.

MUCHACHA.— Es otro tipo de entrevista. Soy de la Escuela de Arte Dramático. Estudio teatro.

Pausa. Assumpta se detiene y, por primera vez, la mira con interés.

ASSUMPTA.— ¡Ah, ya! ¿Todavía siguen haciéndolo tan mal? Yo pasé por la Escuela de Arte Dramático. Y no me sirvió de nada. No encontré ni un solo profesor que fuera capaz de enseñarme nada. No, miento. Hubo una.

MUCHACHA.— Quiero pedirle que me hable de Encarna Ribera.

Pausa.

ASSUMPTA.— No puedo perder el tiempo. (*Pausa. La Muchacha la*

mira con ansiedad) ¿Qué quieres? ¿Oírme contar que la Ribera fue la más grande? (*Pausa*) Pareces un pavo en vísperas de Nochebuena, guapa. (*Pausa*) En fin, es posible que pudiéramos vernos un momento. De la Ribera podría contarte cosas que ni te imaginas. Pero ahora quiero salir cuanto antes de este antro, de esta fábrica de churros, y tomarme despacio una cerveza muy fría. ¿Qué es lo que quieres saber? Pero primero tendrás que convencerme.

MUCHACHA.— Lo intentaré, señora Roca. Conocer datos, cosas de la Ribera, podría ayudarme, creo.

ASSUMPTA.— De tú. Y no me llames "señora". Soy Assumpta Roca. O la Roca, a secas. Un apellido vulgar, de persona corriente. Pero es el mío y no lo cambiaría por nada. O sea, que de tú. Y olvídate de "señora". ¡Ah! Y no sé lo que pretendes, pero los chismes de la Ribera no creo que te sirvan para nada. ¿Me entiendes, guapa?

Y hace mutis. La Muchacha la ve salir. Al mismo tiempo desaparece el elemento televisivo y aparece, en su lugar, un atril con algunos papeles; quizá también un haz de luz horizontal, intermitente, como el que producen los proyectores de cine. Entra una tercera mujer madura. Viste sobriamente. Se acerca al atril y coge los papeles.

MARIA.— Hemos terminado por hoy. ¡Mañana, a las ocho sin falta! ¡Y sed puntuales, por favor! Empiezan a mezclar por la tarde y hay que entregar la película pasado mañana, sin falta.

El haz de luz desaparece. La Muchacha se acerca a María.

MUCHACHA.— ¿Es usted María Caminal?

MARIA.— (*Tranquila*) Sí. ¿Me buscabas?

MUCHACHA.— ¡Ya lo creo! No sabe lo que me ha costado dar con usted.

MARIA.— Las pruebas no las hago yo.

MUCHACHA.— No. No necesito trabajo, de momento. No pienso en el doblaje, todavía. La buscaba para otra cosa.

MARIA.— Tu dirás.

MUCHACHA.— Tengo entendido que usted conoció a Encarna Ribera, la actriz.

MARIA.— ¡Uh! Eso fue hace muchos años.

MUCHACHA.— La conocí, ¿verdad?

MARIA.— Sí. ¿Para eso has venido a verme?

MUCHACHA.— Exacto.

MARIA.— ¿Quién te ha traído hasta aquí?

MUCHACHA.— He hecho mis averiguaciones. Usted estuvo en la Escuela de Arte Dramático. En su curso estaban también Gloria Marc y Assumpta Roca. Estudiaron juntas.

MARIA.— Más o menos.

MUCHACHA.— Eran amigas, supongo.

MARIA.— Muy amigas.

MUCHACHA.— ¿Y después continuaron siéndolo?

MARIA.— Nos vemos de vez en cuando. Sí, puede decirse que seguimos siendo amigas. O eso parece. En cualquier caso, el próximo lunes Gloria y Assumpta cenar en mi casa.

MUCHACHA.— ¡Lo que daría yo por verlas juntas, aunque fuera por un agujerito!

MARIA.— *(Para sí)* Las tres solas. Hace mucho que no ocurría. *(A la muchacha)* Cosas más.

MUCHACHA.— *(Insistiendo)* Después de la Escuela siguieron caminos diferentes.

MARIA.— Especialmente, yo. Con el tiempo me dediqué al doblaje. Abandoné el teatro.

MUCHACHA.— ¿Dejó de interesarle?

MARIA.— *(Seca, de pronto)* ¿Qué quieres?

MUCHACHA.— Estudio tercero de Interpretación en la Escuela de Arte Dramático.

MARIA.— ¿Ah, sí?

MUCHACHA.— Y busco a alguien que me ayude.

MARIA.— Ser buena actriz es muy difícil.

MUCHACHA.— Lo sé.

MARIA.— Un oficio duro.

MUCHACHA.— No me importa.

MARIA.— Te importará. ¿Cómo supiste que querías ser actriz?

MUCHACHA.— Mis padres me regalaron un teatro de juguete. Me pasaba las horas muertas jugando con él.

MARIA.— ¡Esos teatrillos! Son preciosos. Sobre todo los antiguos. Yo también tuve uno, una vez. Una maravilla. Me duró muy poco.

MUCHACHA.— El mío todavía lo conservo. De pequeña, jugaba sin parar. Pero es que además me disfrazaba y —fíjese, qué tonta— me parecía como si pudiera llegar a meterme en el decorado y actuar con los personajes de cartón. *(Cambio)* ¿Me ayudará?

MARIA.— Yo qué sé. Si hace falta.

MUCHACHA.— Necesito que alguien me cuente cómo era Encarna Ribera.

MARIA.— Ah, no; en eso no puedo ayudarte.

MUCHACHA.— ¿Por qué?

MARIA.— Porque no lo sé. La conocí, pero nunca llegué a saber cómo era.

MUCHACHA.— Yo... tengo que hacer una prueba. Para conseguir un papel en una compañía profesional. Sería mi primer papel. ¡Y de protagonista! No, ya sé que no me lo darán a mí, no me hago ilusiones; pero por intentarlo...

MARIA.— Estás llena de ilusiones. Y estás deseando conseguirlo. Sé lo que es eso. ¿Qué obra es?

MUCHACHA.— Sobre la vida de Encarna Ribera. *(María se echa a reír)* Es una obra preciosa.

MARIA.— Seguro que sí. Perdona. *(Con sorna)* ¿Toda su vida?

MUCHACHA.— Sólo los comienzos.

MARIA.— ¡Ah! Tendrá un final feliz.

MUCHACHA.— ¿Querrá usted ayudarme? ¿Querrá usted contarme sus recuerdos de la Ribera?

MARIA.— Sí, ¿por qué no? Podemos encontrarnos una tarde. Nunca llegué a entenderla del todo, pero bueno..., puedo hablarte de su época.

MUCHACHA.— ¿Le parece una tontería?

MARIA.— ¿El qué?

MUCHACHA.— No sé hasta qué punto saber cómo era esa mujer puede servirme para interpretarla mejor sobre un escenario.

MARIA.— Puede que sí y puede que no. Eso tienes que decidirlo tú.

MUCHACHA.— ¿Cuándo podemos vernos?

MARIA.— Cualquier día de éstos. Menos el lunes. Tengo esa cena, ¿te acuerdas? Una cena de compromiso. ¡Ah, y tutéame, por favor!

Oscuro.

DOS

Luz. Gloria, Assumpta y María sentadas alrededor de una mesa que exhibe los restos de una cena. Al fondo, se adivinan las paredes desnudas del escenario.

GLORIA.— Es sólo un proyecto. Y secreto. No queremos que se entere nadie.

MARIA.— A mí no me miréis. Antes se sabrá por vosotras que por mí.

ASSUMPTA.— ¿Qué te parece la idea?

MARIA.— Nadie espera, ni por asomo, veros juntas en un escenario. Si lo conseguís, será una bomba.

GLORIA.— Para mí esas fechas son ideales, y el equipo es de lo más serio que puede encontrarse hoy en el teatro.

ASSUMPTA.— Quiero saber quién va a hacer de Borkman.

GLORIA.— Eso no es problema.

ASSUMPTA.— Pero quiero saberlo. Me da igual hacer la Gunhilda o hacer la Ela. Elige tú, si quieres. Pero el actor que haga de Borkmån tiene que dar la talla. *(Por María, a la que se le cierran los ojos)* Y vamos a hablar de otra cosa, porque María se nos está durmiendo.

MARIA.— *(Reaccionando, con esfuerzo)* ¡Que va! Me interesa mucho, no seas tonta. Es que no acabo de encontrarme bien del todo. Pero seguid hablando. Yo escucho.

GLORIA.— ¿Te duele la cabeza?

MARIA.— Más o menos.

ASSUMPTA.— Tómate un gelocatil. Si quieres, tengo en el bolso.

MARIA.— Ya pasará.

ASSUMPTA.— Yo debería ir al médico. Estos meses de grabación en

la tele me han caído encima como un armario. No es que vaya a curarme, pero por lo menos me pondrá algún remiendo. Cuando murió Francisco ese monstruo invisible que siempre está al acecho me pegó un buen mordisco. Y me dejó los dientes, para que me acordara siempre de esa muerte. Como si eso pudiera olvidarse.

GLORIA.— ¿Cuánto hace ya? ¿Tres años?

ASSUMPTA.— ¡Tres jodidos años!

GLORIA.— Quise venir para el entierro, pero estaba en Bélgica y...

ASSUMPTA.— Demasiado lejos.

GLORIA.— Habría venido aunque estuviera en la Cochinchina. El problema fueron los ensayos generales de esa ópera que monté en Bruselas. No podía dejarlo.

ASSUMPTA.— Fue peor que la muerte de mi madre. Con él me sentía protegida, aunque sólo era tres años mayor que yo... ¿Qué os voy a contar, no...? Y aquella noche, una llamada de teléfono, y corriendo hacia el hospital... Un accidente... Había perdido el ojo izquierdo... Y con el otro apenas si me veía... Le apretaba la mano... El sabía que se estaba muriendo... Y yo venga a hacer teatro, que para eso soy actriz. Pero el monstruo ya estaba allí, entre los dos. Fue demasiado.

MARIA.— ¡Quieres callarte de una vez! ¡Qué coñazo con el monstruo!

ASSUMPTA.— Se nota que no ha venido nunca a hacerte una visita.

MARIA.— No debo de ser lo bastante importante.

ASSUMPTA.— ¡Anda, que corte me ha pegado!

MARIA.— Tengo licencia para ello.

ASSUMPTA.— ¿Cómo te encuentras?

MARIA.— Mejor. Voy tirando.

GLORIA.— (*A Assumpta*) De todos modos, cuando murió Francisco tú tenías a María, que no baja nunca la guardia. Y a tu marido..., y a tu hija..., y a los amigos... Cuando Sean la palmó, no tuve a nadie a quien arrimarme.

ASSUMPTA.— Los amigos no sirven de nada.

MARIA.— Gracias.

ASSUMPTA.— Tú ya me entiendes, no seas tonta. Y a mi marido, que le den morcilla.

GLORIA.— Pues a mí me hubiera gustado tener algún amigo, aquellas tres semanas. Pronto hará un año. A vosotras puedo contaroslo. Me dijeron que era irreversible y que no le quedaban más de quince días. Cogí el primer avión y me planté en Londres. Total, para poder verle apenas. Y menos mal que no estaba en su casa. En la clínica era más fácil. Pero su mujer se pasaba las horas a su lado, y yo sólo era "la otra". Intenté hablar con ella para llegar a un acuerdo, pero no quiso ni verme.

MARIA.— ¡Tú dirás!

GLORIA.— ¡Sean sólo me quería a mí! Cuando por fin conseguía entrar en la habitación, me echaba a su lado en la cama, me desbrochaba el vestido para que pudiera tocarme y... buscaba su sexo bajo las sabanas. Una enfermera quiso montar un escándalo y Sean —todavía le quedaba sentido del humor— le propuso unirse a la fiesta... Pero durante tres semanas —tres largas semanas, y no esos quince días que me habían anunciado—, apenas puede verle tres o cuatro veces. El resto del tiempo me lo pasaba en la habitación del hotel, viendo la tele y esperando que sonara el teléfono. Sola. Siempre sola. Ojalá hubieras estado allí, María.

MARIA.— Te hubiera contado chistes macabros. Últimamente soy experta en esa clase de chistes.

GLORIA.— Ojalá te hubiera tenido conmigo. No tenía más que los minutos y los segundos que iban pasando.

ASSUMPTA.— Cada vez se nos van muriendo más.

MARIA.— Por favor, no os pongáis trascendentes. Cuando murió Ana no le echasteis tanto teatro. (*Pausa. Sonríe, maliciosa, y las mira de reojo*) Claro que entonces éramos mucho más jóvenes.

Silencio.

ASSUMPTA.— ¿Y a qué viene ahora sacar lo de Ana? Ha llovido mucho desde entonces. Estás un poco borde esta noche.

GLORIA.— Estoy de acuerdo.

MARIA.— Cambiando de tema, aparte de invitaros a cenar para que tengáis ocasión de hablar de esa función que vais a hacer juntas, y que, por cierto, me muero de ganas de que digáis que sí para poder veros enfrentadas sobre un escenario...

GLORIA.— De enfrentadas, nada. Eso no lo acepto ni en broma.

MARIA.— Veros juntas sobre un escenario, cosa que hasta ahora no

ha sucedido nunca, sería alcanzar el sueño de mi vida. Mis dos brujas favoritas.

ASSUMPTA.— ¿Hay que darte las gracias?

MARIA.— Aparte de esas tonterías importantísimas, Gloria y yo deberíamos hablar cinco minutos del doblaje de su película.

GLORIA.— *(Con entusiasmo repentino)* ¡Sí! *(A Assumpta)* ¿Sabes que María va a dirigir el doblaje de la película que he hecho en Italia?

ASSUMPTA.— ¿Y quién no lo sabe?

GLORIA.— ¡Será maravilloso! La película es una estupidez. Pero, mira, saber que voy a trabajar con María... ¡Cuando me lo dijeron me hizo una ilusión enorme!

MARIA.— Tampoco es para tanto.

GLORIA.— En tus manos me sentiré segura.

MARIA.— Con un par de días tendremos bastante.

GLORIA.— ¡Las dos juntas, de nuevo, después de tantos años!

MARIA.— Pero no en un escenario, guapa. En una sala de doblaje. Y ahí lo que cuenta es sólo la voz.

GLORIA.— Me has matado. ¿Así que para ti será un doblaje como cualquier otro?

MARIA.— Te quiero. No, no será un doblaje como cualquier otro. Para mí, no. Para mí serán dos días especiales. He juntado todos tus "takes" en cuatro convocatorias. No tendrás que madrugar, ni cansarte demasiado. A las once de la mañana y a las cuatro de la tarde. Aunque yo pueda darlo por bueno, si tú no estás contenta con algún "take" podemos volver a repetirlo hasta que quedes satisfecha. ¿Te parece bien?

GLORIA.— Yo también te quiero.

MARIA.— Pues se acabó. Cinco minutos. El asunto no merece más. Ahora podéis seguir con lo importante, que yo os escucho. Puede que se me cierren los ojos de vez en cuando, pero os escucho.

ASSUMPTA.— ¡Realmente, hija mía, los tienes como el caballo de Espartero!

Y estalla en una carcajada, divertida.

GLORIA.— ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

ASSUMPTA.— Yo misma. ¿No dice todo el mundo que soy tan graciosa...? La pobre María, en cambio, es muy aburrida.

MARIA.— Calumnias.

ASSUMPTA.— Yo no. No puedo evitarlo. He visto al público llorando, berreando con una de mis interpretaciones dramáticas. Pero me prefieren como actriz cómica. Da igual que proteste contra la desidia de las instituciones, que grite contra el mal que avanza y domina el mundo o que, sencillamente, me suelte una ristra de pedos. Estando yo de por medio las carcajadas son seguras.

GLORIA.— ¿Sí, verdad?

ASSUMPTA.— Y en casa, igual. La niña pasa de mí, pero ese hombre...

MARIA.— Ese hombre es su marido.

GLORIA.— Lo había entendido.

ASSUMPTA.— Llego a casa agotada del trabajo, cabreada con las noticias del día, cagándome en la madre que me parió...

GLORIA.— Me lo imagino.

ASSUMPTA.— Me encuentro con ese hombre sentado en la butaca y aunque no hay ninguna diferencia entre hablar con él o hablar con un mueble, dado que él al menos tiene cierta apariencia de persona, le hago receptor de mis ataques: descargo mi bilis sobre él, me desahogo, hablo sin parar, suelto disparates. Él me mira y sonríe, con esa estúpida sonrisa de feliz complicidad, sin abandonar para nada su aire plácido y conformista. Me subleva, me saca de mis casillas. Me cabrea tanto, que una vez, sólo para joderle, no pude más y... Se me escapó, no supe callar a tiempo. Ya me había cagado en todo, desde lo más abstracto, este país, hasta lo más concreto, o sea él mismo. Y él nada, impertérrito, como siempre. Entonces, sin solución de continuidad con lo que estaba diciendo, que no sé ni lo que era, le solté —¡patapam!— que había tenido un amante. Que lo había tenido yo, no él. Hubo un rato de silencio. Y entonces, por fin, abrió la boca. Éstas fueron sus palabras: "Contigo es imposible aburrirse. ¡Contigo me reiré siempre!" Acababa de confesarle por primera y única vez en mi vida la existencia de mi amante, y él: "Que hay que ver lo que me río contigo." *(Transición)* Así pues, tengo que admitirlo, debo de ser graciosa.

MARIA.— El día que puedas estarte un ratito callada, te diré cuatro cosas.

ASSUMPTA.— No me quieres. Sólo quieres a Gloria.

MARIA.— A ella le he dicho que la quiero. A ti te lo he demostrado siempre que ha hecho falta.

Pausa larga.

GLORIA.— Sean ha sido el hombre que más he querido en este mundo, pero, a pesar de eso..., ya hay otro en su lugar. A la vida hay que ganarla por la mano. No pienso morir rabiando. He hecho el amor con un pianista que paseaba sus dedos por mi cuerpo como si estuviera interpretando a Mozart. Tuve un breve y vergonzoso "affaire" con uno de esos forzudos que se dedican a la lucha libre; me estrujaba entre sus bíceps al tiempo que lloraba feliz de poder echar un polvo con una señora como yo; durante unos meses estuve entrando y saliendo protegida por escoltas que me obligaban a camuflarme de las maneras más insólitas, sólo porque mi amante de turno era ministro. Y después..., o antes..., hubo un muchacho de diecisiete años, italiano, como una pintura de la escuela veneciana, que nunca estaba satisfecho y que se convirtió en un dulce discípulo amoroso... Y ya que estamos solas, voy a confesarlo: conocí a una lesbiana preciosa y me dije, ¿por qué no? No estuvo nada mal. Con sexo o sin sexo, he tenido relación con la mitad de los nombres importantes que desde hace años aparecen en los suplementos de cultura de todos los periódicos. Todo esto, gracias al teatro. El teatro me ha dado noches de intensidad fosforescente, noches de auténtica borrachera emocional. Tantas, que no sabría con cuál quedarme. O quizá sí. Cuando hice *Clitemnestra* en el Odeón romano de Herodes Atico, bajo la Acrópolis. Mi voz sonaba junto a las piedras que habían oído por vez primera aquellas mismas palabras del primer dramaturgo de la historia. Recuerdo que levanté la mirada al cielo para contemplar la bóveda estrellada mientras recitaba mi texto, y sentí que los siglos se fundían, que el tiempo desaparecía. Por un instante creí vencer al monstruo. (*Pausa. Cambio. Ahora, más intrascendente*) A mi manera, he dominado la vida, ¿no os parece? Todavía no he trabajado en Epidauro, pero no se puede tener todo. (*Pausa*) Voy a hacer pis. Vuelvo enseguida. (*Sale*).

MARIA.— La chica ha viajado.

ASSUMPTA.— Y ha follado. (*Pausa. Assumpta se levanta. Imita a Gloria. Lo hace en serio, sin ánimo de parodia, aunque de vez en cuando intercala comentarios y puntos de vista propios*) "A mi manera, he

dominado la vida, ¿no os parece? Hice *Clitemnestra*..." No me gustan las Clitemnestras; lo siento mucho, pero la tragedia griega me deja fría... "Hice *Clitemnestra* en el Odeón de Herodes Atico, en Atenas, junto al Partenón. Una noche inolvidable, mágica, una noche de intensidad fosforescente..." ¿Qué quiere decir intensidad fosforescente?

MARIA.— Absolutamente nada.

ASSUMPTA.— "Fosforescente... Una noche de auténtica borrachera emocional. Me hinché como un sapo. Toqué el cielo con las manos. Sólo una pena me reconcome: no haber actuado todavía en el Vaticano, en la plaza de San Pedro, delante del Papa." (*Gloria ha vuelto a entrar. Esta situada detrás de Assumpta de manera que ésta, actuando para María, no puede verla. Y María no denuncia la presencia de Gloria*) "¿Soy una mujer frustrada? No tanto como vosotras, quizá, porque yo he hecho el amor con un cuadro de la escuela veneciana..., y con un orangután de la selva africana..., y con una lesbiana... O con dos. Hasta en eso he podido igualar a la señora aquella que manoseó a conciencia el futuro de nuestras vidas. He llegado, pues, a la cima. Y ahora me estoy haciendo pis. Vuelvo enseguida." (*Se da la vuelta, como para irse, y se encuentra cara a cara con Gloria. Un momento de sorpresa. Observa a Gloria que sonríe, y reacciona rápidamente.*) María, eres una hija de puta. (*Saluda ante Gloria*) Telón.

Gloria aplaude.

GLORIA.— ¡Bravo, bravo, bravo! (*A María*) Gracias por no haber interrumpido el espectáculo.

MARIA.— Soy una hija de puta. No somos tan diferentes.

GLORIA.— Siéntate, Assumpta. Ahora me toca a mí.

Las dos mujeres se miran.

ASSUMPTA.— ¿De verdad vas a hacerme ese honor?

GLORIA.— Faltaría más.

ASSUMPTA.— Estoy impaciente.

Assumpta toma asiento. Gloria empieza a imitarla con un resentimiento que va haciéndose creciente y notorio, lo que impide una auténtica imitación.

GLORIA.— "Odio la televisión. La televisión me ha hecho popular.

No me interesa ser po-pu-lar. Cualquier pedorrilla con culo y tetas de silicona puede ser po-pu-lar. Yo soy una actriz. Pero claro, me gusta el dinero y he tenido que sacrificarme. Ahora soy millonaria y puedo cagarme en la tele que me ha hecho rica. Pero al mismo tiempo me he convertido en el payaso del país. ¡Oh, Dios mío, qué injusticia! Yo no soy un payaso.” ¿Por qué te disgusta tanto ser un payaso...? “Por favor, soy una actriz. Una actriz capaz de todo. Drama o comedia. Gran trágica o payaso... No. No, no, las tragedias no... Las tragedias, las túnicas, los coturnos... ¡Uf! ¡Qué ridículo...! No... Y los payasos, tampoco. Pobres títeres sin alma... No. Prefiero las medias tintas. Sí, un drama. O una comedia. He escogido el arte de las medias tintas. Y una vida tranquila. También a medias tintas. Claro que a veces, ¿verdad?, a veces siento como una especie... una especie de añoranza...” Añoranza, ¿de qué? ¿Te acuerdas? Las tres nos acordamos. ¿Cuánto hace ya de aquel final de primavera y de aquel principio de verano? ¿Eh...? ¿Añoranza de qué, Assumpta? Tal vez no sea ésa la palabra adecuada. No. Puede que no sea añoranza... No sé. ¿Envidia, quizá?

Pausa. Se sienta.

ASSUMPTA.— Eres una gran actriz, pero las imitaciones se me dan mejor a mí.

MARIA.— ¿Qué tal si tomamos un whisky?

ASSUMPTA.— Tú y yo hemos escogido caminos ligeramente distintos, querida Gloria.

GLORIA.— Eso tenlo por seguro.

MARIA.— Si no os apetece un whisky, y dado que la cena ha terminado, podríais marcharos. Me duele la cabeza y no consigo que se me pase.

ASSUMPTA.— Trae el whisky. Y tómate un gelocatil, hazme caso. Ésta y yo tenemos que decirnos cuatro cosas, y tú eres la espectadora ideal.

GLORIA.— ¿Qué vas a decir que yo no sepa, eh? ¿Con qué quieres sorprenderme? ¿Qué puedes decir que yo no sepa ya de dónde viene?

ASSUMPTA.— Sólo por el gusto de soltarlo.

GLORIA.— Pero yo no había terminado. O sea, que déjame primero a mí.

MARIA.— ¿El whisky, con o sin hielo?

ASSUMPTA.— Con hielo.

GLORIA.— Tres cubitos. Déjame terminar. Tu envidia. Llevo toda la noche sintiéndola de cerca. Dejando aparte al marido que tienes sentado en la butaca de tu casa, dejando aparte a ese mueble — palabras tuyas — que, por cierto, te la pega con todas y cada una de las secretarias de su empresa...

ASSUMPTA.— ¡Oh, qué descubrimiento! ¡Acabas de destrozarme la existencia!

GLORIA.— ... Aparte de ese señor, no has tenido más que un amante en toda tu jodida vida.

MARIA.— No seas ordinaria. La ordinaria es Assumpta.

GLORIA.— ¡Un solo amante! ¡Y no me extrañaría que fuera medio inventado!

ASSUMPTA.— ¿Y qué?

GLORIA.— Nada. Era un ejemplo. El drama o la comedia. Pero nunca un milímetro más allá. O más acá. La absoluta mediocridad de una individua que no ha tenido el valor de vivir su vida y que morirá rabiando por todo aquello que ha dejado que se le escapara de las manos. Te habrás consumido en este país de opereta, sin el valor necesario para saltar más allá de un mar que apenas es un charquito y de unas montañas que no son sino cajitas de cartón. Tú has escogido, hija mía. Y envíame, si eso te hace feliz. ¡Pero no pretendas arañarme! ¡Vete a arañar a quien tenga la culpa de tus males! ¡Ponte frente al espejo y araña te a ti misma! Por cierto, puede que así consigas arreglarte la cara, porque después de la última operación te dejaron fatal.

ASSUMPTA.— Tú, en cambio, has conseguido que tu cara, que ya empieza a estar irremisiblemente ajada, mantuviera durante bastantes años un cierto marchamo internacional. La gran Gloria Marc, de avión en avión, de festival en festival, codeándose con las divinidades, siempre entre figuras de portada de revista especializada, pero con mucho cuidado de no meter la pata, para no desentonar, sirviéndole a un público de momias ilustres el único menú que esperan y están dispuestas a aceptar, un menú de cinco estrellas: ¡mierda pura esterilizada, perfumada y servida en bandeja de plata!

GLORIA.— Una descripción vulgar. Como todo lo tuyo. Puede que alguna vez, por estos mundos de Dios, haya tenido que sonreír y

saludar con más asco que ganas, ¡pero juro también que me he dejado la piel! ¡Sin miedo, con agallas, sin pensármelo dos veces y sin tener que arrepentirme después! Durante aquella primavera y aquel verano que tú y yo sabemos, aprendí que las personas estamos solas. ¡Un gran descubrimiento! Así es como seguí adelante, cada vez más lejos, yo y mi teatro, hasta donde he podido. ¡Y no me quejo de a lo que he llegado!

ASSUMPTA.— Y mientras, yo me quedaba en este país de opereta, trabajando a su medida, creciendo con él, representando comedias que no hablaban de dioses ni de héroes, ni de fuerzas cósmicas, ni del Gran Pensamiento Definitivo; que hablaban de seres vivos, de gente corriente, de hombres y mujeres de carne y hueso, de mis vecinos y de sus problemas mediocres, tan mediocres como yo. Y salvándome con ellos, aunque sólo fuera por un momento; salvándonos juntos a través del teatro, pero no por el hecho de servir al teatro, no, sino por servirles a ellos, a los que venían a vernos actuar. ¿Lo ves? No he tenido amantes, es cierto; pero ahora me doy cuenta de que nunca he estado sola.

GLORIA.— ¡Bendita inocencia! ¡Siempre estamos solos! (Pausa).

MARIA.— Sospecho que no vais a hacer esa obra juntas. (Silencio). Era de esperar. ¡Qué pena!

GLORIA.— Es tarde, me voy. ¿Dónde he puesto mi bolso?

MARIA.— Un momento. Todavía no he hablado de mí ni de mi espléndida carrera. Seré breve, porque estoy cansada y porque ninguna de las dos va a llevarme la contraria. (Pausa). Gracias. Mi espléndida carrera. En un principio quería ser actriz. Lo queríamos las cuatro. Nosotras tres... y ella. Pero el verano se acabó y yo me refugié en el doblaje. Y ahí me quedé. Presto mi voz a las actrices de verdad, cambio su idioma por el mío, procuro hacerlo lo mejor que puedo. Soy una gran profesional. También dirijo otras voces que luego doblan a otros actores y a otras actrices. Y también procuro hacerlo bien. Sí, ya sé lo que pensáis. Un trabajo rastrero, un trabajo casi casi indigno. Por lo menos, indigno de vosotras. Un trabajo efímero. O así me lo parece. Hace cien años el doblaje no existía. Y dentro de cien años tampoco existirá. Podría ser, ¿por qué no? Una pena. ¿Os doy lástima? Pues lo siento por vosotras, porque sólo soy vuestro reflejo. Podéis pelearos, discutir sobre cuál de las dos ha tenido más noches de éxito, pero todo pasará, vosotras y vuestro recuerdo, y también el recuerdo de las obras, grandes o pequeñas, que habéis representado. Y puestos a decir, hasta Shakespeare desaparecerá. Shakespeare. Es sólo

cuestión de tiempo. ¿Por qué no os lo tomáis con calma? Anda, dejad que pase el tiempo. (Pausa) No existe el futuro. No hay nada que sea inmortal. Y vosotras, erre que erre, pretendiendo lo contrario. No. Lo siento. Nada. Saberlo ayuda a seguir adelante con cierta serenidad y sin resentimiento. Sin ningún tipo de resentimiento por antiguas historias de tiempos ya pasados. (Pausa) Bueno, puede que sí; puede que todavía me quede un poco de resentimiento. (Pausa) Y hablando de otra cosa. ¿Sabes que dicen de ti, Gloria? Que eres frígida. ¿Y sabes que se comenta de ti, Assumpta? Que has pasado por encima de los cadáveres de todos los que se han cruzado en tu camino. (Pausa) Ahora ya podéis marcharos. Buenas noches.

Oscuro.

TRES

Luz. Elementos de un interior caótico. Libros. Un teléfono. Al fondo, se adivinan las paredes desnudas del escenario. Gloria recibe a la Muchacha, que avanza con un ramo de flores.

GLORIA.— Pasa. Pasa y siéntate.

MUCHACHA.— *(Le ofrece las flores)* Tenga.

GLORIA.— ¿Para mí? Pero, ¿por qué lo has hecho? Son preciosas. No tenías por qué hacerlo.

MUCHACHA.— Se me ha ocurrido en el último momento. Un impulso. Dicho y hecho.

GLORIA.— Las dejaré aquí. Nos alegrarán la vista mientras hablamos. ¿Qué quieres tomar?

MUCHACHA.— De momento, nada.

GLORIA.— No puedo ofrecerte mucha variedad. Esta casa es un desastre. Voy y vengo, y apenas si paro por aquí. Debería buscar a alguien de confianza que la pusiera un poco presentable. O puede que la deje, y me instale definitivamente en el campo... Ya veremos. ¿Cómo va tu prueba?

MUCHACHA.— Todavía no han comenzado. Al final resulta que son dos.

GLORIA.— ¿Dos aspirantes o dos pruebas?

MUCHACHA.— Dos pruebas. Aspirantes somos...

GLORIA.— Cuatro.

MUCHACHA.— Se acuerda.

GLORIA.— Conozco al director. Una vez estuve a punto de contratarle para que me dirigiera. No es un pura sangre, pero tampoco una mula parda. Y entre los directores abundan las mulas...

MUCHACHA.— Alguna de sus puestas en escena no estaba nada mal.

GLORIA.— Sabe que has venido a verme.

MUCHACHA.— ¡No! ¡Qué vergüenza! No se me ocurriría decírselo.

GLORIA.— Lo sabe.

MUCHACHA.— ¡No, no!

GLORIA.— Se lo he dicho yo.

Pausa.

MUCHACHA.— ¿Qué?

GLORIA.— Vino a ver mi función y después entró a saludarme. Me contó su proyecto y yo le dije que una de las chiquitas que había seleccionado para el papel protagonista estaba citada conmigo para que yo le contara cosas del personaje.

Pausa.

MUCHACHA.— ¿Y...? ¿Cómo se lo tomó?

GLORIA.— No eres su favorita, pero me pidió que te observara y luego le diera mi opinión.

Pausa.

MUCHACHA.— Creo que voy a irme.

GLORIA.— ¡Ni se te ocurra! Venciste la timidez para pedirme una entrevista, y ahora que la tienes ¿vas a largarte?

MUCHACHA.— Es que... Lo siento, pero es que...

GLORIA.— ... La situación ha cambiado.

MUCHACHA.— Sí.

GLORIA.— Para mejor. Ahora te miran otros ojos. Dijiste que eras buena.

MUCHACHA.— Yo no he venido aquí a hacer ninguna prueba con usted.

GLORIA.— Olvídate del usted. ¡Qué manía! De tú. Nadie ha dicho que vaya a hacerte ninguna prueba. Soy yo la que estoy a prueba. Y tú la que ha de sacarme el jugo. Mis recuerdos de Encarna Ribera. ¿No quieres oírlos?

Pausa.

MUCHACHA.— Sí.

GLORIA.— Olvídate de las pruebas. No tienen por qué ser la oportunidad de tu vida.

MUCHACHA.— No me lo pone fácil.

GLORIA.— No te preocupes más y pregunta. Lo que quieras.

MUCHACHA.— Ahora sí quisiera un whisky, si es posible.

GLORIA.— Whisky. ¿Hielo?

MUCHACHA.— Tres cubitos.

GLORIA.— Por supuesto. (*Transición*) Encarna Ribera. Yo quería ser actriz y ella me dió el primer gran empujón. Los empujones son peligrosos. Pueden hacerte caer de bruces. Pero aquél me hizo salir volando.

MUCHACHA.— Con el papel de Ifigenia.

GLORIA.— Con el papel de Ifigenia.

MUCHACHA.— Debí de ser una gran noche.

GLORIA.— El tiempo la va borrando...

MUCHACHA.— Y después de aquello, ¿la Ribera... siguió ayudándola? ¡Ayudándote!

GLORIA.— Murió poco después, en la ciudad donde había nacido, en casa de su hermano. Cogí el tren y me fui a su entierro. Una multitud. Presidían el luto las autoridades y su hermano, Enrique Ribera, un actor tanto o más importante que ella.

MUCHACHA.— ¿Les vió trabajar juntos alguna vez?

GLORIA.— Un par de veces, creo. Antes de entrar en la Escuela.

MUCHACHA.— Te gustaron.

GLORIA.— Me sentí en la obligación de quedar deslumbrada. Era la pareja de más prestigio de la época. Después, durante algún tiempo, estuve dudando de si realmente me habían gustado. Y cuando llegué a conocerla decidí que sí, que me habían entusiasmado.

MUCHACHA.— La conociste en la Escuela de Arte Dramático.

GLORIA.— Pero no inmediatamente. Perdona, pero tendré que hablarte de mí tanto como de la Ribera.

MUCHACHA.— No importa. Ya me gusta.

GLORIA.— ¿Lo dices convencida, o por educación y por si acaso?

MUCHACHA.— (*Lenta de reflejos*) ¿Cómo?

GLORIA.— (*Sonríe*) No puedes evitarlo. Intentas caerme bien.

MUCHACHA.— (*Tímida*) ¿Por qué me habla así? (*Se pone en pie*) Usted no quiere que me olvide de las pruebas. Dejémoslo aquí.

GLORIA.— Aguanta. ¡Aguanta! ¡Siéntate! Hablar claro evita malentendidos. Tómatelo como una broma. Ríete de ti misma. Y de mí. (*La muchacha se sienta*) ¿Lo harás? Inténtalo, al menos.

MUCHACHA.— Si no lo hago, te llevarás una impresión espantosa de mí.

GLORIA.— ¡Así me gustas! (*Se ríe*) Ingresé en la Escuela de Arte Dramático cargada de ilusiones y me llevé una gran decepción.

MUCHACHA.— Lo mismo que yo.

GLORIA.— Pero no importa. Hay que resistir.

MUCHACHA.— Si, una aprende a resistir.

GLORIA.— Son muy pocas las ilusiones que, una vez realizadas, se corresponden con la imagen que uno se hizo de ellas. De todos modos, en mis tiempos la situación era catastrófica. Aulas asquerosas, profesores llenos de caspa, telarañas en todas partes y grandilocuencia vacía de contenido. Entonces, de repente, en segundo curso, apareció ella, Encarna Ribera, un monstruo sagrado que se dignaba bajar a comunicarnos su sapiencia.

MUCHACHA.— ¿Y...?

GLORIA.— Los alumnos más inquietos la recibimos con total escepticismo. Era cuando yo dudaba de si me gustaban realmente sus interpretaciones. ¿Qué podía enseñarnos una anciana de mirada altiva que andaba de forma ridícula, a pasitos cortos y rápidos? Teníamos delante a un diplodocus que, junto a su hermano, había recibido todos los honores oficiales, y que lo mejor que podía hacer era morirse y dejarnos el escenario a nosotras.

MUCHACHA.— Y empezaron las clases.

GLORIA.— Si. Y descubrimos, para nuestra sorpresa, que aquella pasita pintarrajeada nos entendía como nadie lo había hecho hasta entonces; nos daba un impulso que nadie, antes, nos había proporcionado. Para nosotros fue como volver a descubrir el teatro.

MUCHACHA.— ¿Tanto?

GLORIA.— ¡Tendrías que haberla visto! Llena de curiosidad, preguntándonos de dónde veníamos y a dónde queríamos llegar... No eran clases al uso. Primero quiso conocernos. Nos reunía a su alrededor, como una gallina clueca, bromeaba, nos provocaba para que perdiéramos la vergüenza... O se ponía seria y nos decía que la ética del teatro es la ética de la vida. (*Ríe, sin que sepamos muy bien por qué*) Y así, de pronto, nos encontrábamos hablando de teatro, del antiguo y del moderno. Se reía, por ejemplo, de comedias espantosas que a lo largo de su vida se había visto obligada a representar... Pero, de repente, sin transición, estiraba el brazo en un movimiento que era como si borrara de golpe toda nuestra verborrea incontrolada, y en ese silencio recién estrenado empezaba a recitar su repertorio. Una voz profunda, por lo menos en aquel entonces; una voz que dejaba caer las palabras como plomo fundido. Avanzaba, avanzaba, y, con un quejido, se interrumpía de repente y decía que no, que no debía recitarse así, que necesitaba una voz joven, y parecía buscar entre nosotras, señalaba a una cualquiera de nosotras, nos ponía un libro en las manos, nos empujaba y musitaba: "Se acabó, se acabó; eres tú la que debe decir este texto; son para tu voz estas palabras de amor..." Y te sentías como si fueras su continuación, la sucesora de la Ribera, y sí, empezabas a leer, a leer, con fuerza, con energía, y ella te daba coscorriones, te pellizcaba, se impacientaba, suspiraba, y al final, de nuevo, unía su voz a la tuya en un grito que era mezcla de fervor, de alegría, de plenitud, de victoria, mientras el texto llegaba a lo mas alto y se precipitaba hacia las frases finales.

MUCHACHA.— ¡Nunca nadie me enseñó de esa manera!

GLORIA.— No era la forma ortodoxa. Era pura pasión. Y nada más. Y eso era lo que necesitábamos.

MUCHACHA.— ¿Cómo se las arreglaba para actuar en el teatro y no faltar a las clases?

GLORIA.— No, no lo has entendido. La Ribera ya estaba retirada. No actuaba. Decidió que ya era suficiente. Entonces le ofrecieron las clases y aceptó. Estuvo sólo dos cursos.

MUCHACHA.— Sí, lo he leído en los anuarios de la Escuela.

GLORIA.— Sólo nuestros dos cursos. Nadie la había tenido entonces y nadie la tuvo después. Fuimos unas privilegiadas, sus únicas alumnas. Empezó con la intención de hacer solamente un

curso, se la veía cansada, pero repitió... por nosotras, porque éramos una promoción especialmente buena, porque nos quería, o porque se encontraba a gusto, simplemente, y no quería dejarnos.

MUCHACHA.— Estaba también Assumpta Roca.

GLORIA.— Y otras muchas. Un curso muy bueno. Llegado un momento, la relación entre ella y nosotras traspasó los límites de la Escuela. Nos citaba en su casa, hablábamos durante horas y horas, nos enseñaba recuerdos, fotografías, caricaturas, recortes de periódico, objetos queridos... Tenía un teatrillo antiguo que habían construido ex profeso para ella. Un juguete precioso. ¿Conoces esos teatros?

MUCHACHA.— Tengo uno.

GLORIA.— No será como aquél. No le faltaba detalle. Parecía de verdad. Púrpura, azul y oro. Era una delicia.

MUCHACHA.— ¿Púrpura, azul y oro?

GLORIA.— Podría hablarte de tantas cosas... allí, en aquella casa... Mirábamos, curioseábamos, preguntábamos... De pronto se hartaba y nos obligaba a cantar, o a recitar. Llegaba un momento, de repente, en que se levantaba de la butaca donde siempre estaba sentada; una mirada, un gesto imperceptible... y a su alrededor se formaba un círculo invisible, un círculo mágico. Había llegado su momento. Se ponía a interpretar; lo hacía a su manera, antigua, pero maravillosa, desde sus arrugas, desde su voz profunda y rasgada... ¡Maravillosa! Y para nosotras solas. Después, si había suerte, algún día especial nos pedía, por favor, con una sonrisa de complicidad, que nos quedáramos a cenar. La sirvienta protestaba y nosotras hacíamos como que no queríamos molestar, pero la Ribera se burlaba de la sirvienta y se reía de sí misma, de la vieja solitaria que necesitaba compañía. Cedíamos, no nos quedaba otro remedio. Llamábamos a la familia y nos quedábamos con ella hasta las tantas. (Pausa) Considero un privilegio haber vivido esos días... La edad de oro. (Pausa) Por fin, cuando estábamos a punto de acabar tercero, segundo con ella, hacia el final de la primavera, una noche, también en su casa, también después de la cena, nos dijo que abandonaba, que basta, que adiós, que el teatro se le había terminado. Sólo —utilizó estas mismas palabras—, sólo le quedaba darnos una última muestra de su afecto. Dirigiría *Ifigenia*, una de las primeras obras que había representado de jovencita, y la protagonista sería una de las cuatro.

MUCHACHA.— ¿Cuatro?

GLORIA.— (Pausa) De aquella promoción, las que destacábamos de verdad éramos cuatro aprendices de actriz que íbamos juntas a todas partes y que, según la Ribera, éramos "la flor y nata" del curso. No puedo ser modesta. Fue por nosotras por lo que la Ribera, a pesar de su cansancio, accedió a impartir un segundo curso. Nosotras habíamos dado con ella, pero ella también se encontró con nosotras.

MUCHACHA.— Pero las visitas a su casa, las cenas, esas reuniones hasta las tantas...

GLORIA.— Salvo excepciones, eran sólo para nosotras. Ana, Assumpta, María y yo. ¿Qué creías? ¿Qué el curso entero cenaba en casa de la Ribera?

MUCHACHA.— ¿Assumpta? ¿Qué Assumpta? ¿Assumpta Roca?

GLORIA.— Sí.

MUCHACHA.— Y María..., ¿María Caminal?

GLORIA.— ¿La conoces?

MUCHACHA.— Creo que se dedica al doblaje.

GLORIA.— Estás bien informada. Es una chica encantadora.

MUCHACHA.— La cuarta, Ana... Ésa no sé quién es.

GLORIA.— Ana murió. Estoy en deuda con ella. La Ribera nos había educado, nos había inculcado una ética, una manera de entender el teatro. No era una religión, pero sí una manera de pensar y de vivir. Para mostrarlo quiso dirigir *Ifigenia en Áulide*. Aquel verano una de nosotras sería Ifigenia.

MUCHACHA.— Fué usted.

GLORIA.— No, espera. La Ribera dudaba. Quería una Ifigenia especial. Su Ifigenia. Ya sabes, el rey que quiere ir a la guerra, una guerra justa, y el viento que no llega, que no permite zarpar las naves. Hasta que los dioses hablan. Para que la flota pueda emprender el camino es necesario un sacrificio: Ifigenia, la hija del rey. Ifigenia es inmolada por el bien de todos, y el viento, finalmente, hincha las velas que llegarán a Troya. El bien común está por encima del bien individual. Ifigenia tenía que avanzar serena hacia el sacrificio. ¿Cuál de nosotras cuatro podía dar con mayor riqueza de matices esa aceptación? Supongo que le costó lo suyo decidirse. Y escogió a Ana.

MUCHACHA.— Lo hiciste tú.

GLORIA.— Eso fue después. Quince días antes del estreno, Ana se puso enferma. Tuvo que dejar el papel. La Ribera estaba dirigiendo con energía, era su último esfuerzo, y la gente del teatro esperaba con expectación. Pero no había Ifigenia. Y entonces — ¿te he dicho, verdad, que sólo faltaban quince días para el estreno?—, entonces sí, entonces fue cuando el papel llegó a mis manos. “¿Te atreves?”, me preguntó la Ribera. Y mientras me lo preguntaba no había en su cara el menor rastro de simpatía. Era un rostro crispado, pero lleno de determinación. Dije que sí. Durante quince días no pegué ojo. Estudiaba, ensayaba, estudiaba, ensayaba... El de Ifigenia no es, quizá, el papel más largo, pero es el centro de la obra. Yo tenía que dar la ternura de una virgen que, a punto de casarse con el hombre que ama, acepta sacrificarse por el destino de su pueblo. La noche del estreno, las gradas llenas, la túnica que Encarna Ribera estaba ayudándome a ceñir, sus ojos fijos en mí, vigilante, y después, en el último momento, de nuevo la pregunta: “¿Te atreves?” Dije que sí con la cabeza y salí a escena. *(Se mueve, de repente, buscando entre los libros que hay en la sala)* ¿Dónde está? Tiene que ser uno de éstos. *(Coge un libro muy usado y busca entre las páginas)* Aquí. Mira. Casi se me ha olvidado. Aquí. *(Recita)* “Madre, he reflexionado y escucha lo que pienso...” Eso es casi al final de la tragedia. “Madre, he reflexionado y escucha lo que pienso...” ¡Esta voz mía ya no es la voz de Ifigenia! Prueba tú. Lee en voz alta.

MUCHACHA.— *(Sorprendida y asustada)* ¿Yo? No, yo no.

GLORIA.— Sí, inténtalo. No es difícil.

MUCHACHA.— No, no sé... No puedo.

GLORIA.— Delante de la Ribera no se podía decir que no. ¿No quieres saber cómo era la Ribera? Pues mira: era peligroso llevarle la contraria. Lee. Imagina aquella noche. Yo te ayudaré. Lee. “Madre, he reflexionado y escucha lo que pienso.”

MUCHACHA.— *(Coge el libro y lee, casi sin aliento)* “Madre, he reflexionado y escucha lo que pienso.”

GLORIA.— ¡Más alto!

MUCHACHA.— “Han decidido que muera, y yo quiero morir. Noblemente, apartando de mi paso la cobardía.”

GLORIA.— “¡Noblemente, apartando de mi paso la cobardía! “Sentía la presencia de la Ribera, atenta, abrazándome, empujando con la mirada... Sigue, no pares.

MUCHACHA.— “Debes entenderlo, madre; sé lo que me digo. Toda la potente Grecia tiene sus ojos en mí.” *(La Muchacha intenta hacerlo bien, procura concentrarse. Gloria la conduce, acompaña con gestos sus palabras, la invita a moverse y a imitarla)* “¡De mí depende que la flota pueda zarpar, que los troyanos sean vencidos, que en un futuro los bárbaros no puedan volver a forzar y a raptar más mujeres de Grecia, nuestra amada tierra!”

GLORIA.— ¡Y entonces puede que levantara la cabeza, no me acuerdo; puede que viera al público por primera vez en mi vida, puede que sólo adivinara su presencia, puede que intuyera que ellos eran el único enemigo al que había que vencer!

MUCHACHA.— “Todo esto es lo que consigo muriendo, ésta es mi recompensa por haber devuelto a Grecia su libertad. ¡Y seré feliz!”

GLORIA.— “¡Seré feliz!”

MUCHACHA.— “No estaría bien que ahora me aferrara a la vida. ¡No soy tuya, madre, soy de los griegos!”

GLORIA.— ¡Arrogante! ¡Ponle una cierta arrogancia! ¡Era inocente, pero en ese momento también era arrogante! ¡Tenía que vencer a mi enemigo, allí delante, en las sombras! ¡Y detrás otra sombra me sostenía, la Ribera, vigilante, al acecho, como un perro fiel, pero terrible!

MUCHACHA.— “Todos estos hombres, el ejército entero se aventurará a batirse y a morir por su país. ¿Y quieres que sea mi vida, esta pequeña vida, la que pretenda impedirlo? ¿Qué les responderé? ¿Qué les responderé si me preguntan? ¿Qué les responderás si te preguntan a ti?”

GLORIA.— ¡Nervio, nervio! ¡No quería una sola tos! ¡Aquellos hijos de puta habían venido a verme sufrir, me miraban sin piedad, pendientes sólo de si yo merecía las cuatro penas que habían pagado por la entrada! Pero ahora todos ellos, ¡todos!, tenían que callar y someterse a mis palabras.

MUCHACHA.— “Si un dios desea mi cuerpo, ¿crees que yo me opondré al deseo divino? ¡No!”

GLORIA.— ¡No! ¡No!

MUCHACHA.— “¡Ofrezco mi sangre a los griegos! ¡Inmoladme y marchad a Troya! ¡En la muerte hallaré mis bodas, mis hijos, mi triunfo! ¡Que Grecia someta a los bárbaros y que recuerde que me lo debe a mí, que sólo por mí será libre! ¡Que sólo por mí los

bárbaros serán finalmente esclavos!"(La Muchacha ha declamado lo mejor que ha podido, mezcla de furiosa, aterrorizada e hipnotizada. Ahora calla y mira a Gloria) Ya está.

GLORIA.— ¡No, no está! ¡No está todavía! Faltan aún unas cuantas intervenciones. Y el final llegaba con aquel grito: "¡Adiós, luz que tanto he amado!" Salí de escena. La Ribera me cogió del brazo y sólo me dijo: "¡Bien!" ¡Y entonces, los cerdos que estaban sentados en las gradas, empezaron a aplaudir!

MUCHACHA.— ¿Lo he hecho bien?

GLORIA.— ¡Y el instinto, las ganas, la rabia, me impulsaron a salir a saludar, a comprobar si realmente había ganado! Pero si quieres saber cómo era la Ribera, te diré que me retuvo; me agarró del brazo y me retuvo. Dijo: "Que esperen. Tienes que aprender a ser más puta que ellos."

MUCHACHA.— Señora Marc, ¿cómo lo he hecho?

GLORIA.— Sólo un par de segundos y me soltó. "Ahora, sí." Y salí. Y los aplausos aumentaron. Y yo pensé: "¡Ya sois míos!"

MUCHACHA.— ¿Lo he hecho bien?

GLORIA.— Y saludé por vez primera en mi vida. Y entonces supe que era actriz. Aquello fue sólo el principio y la rueda no ha parado nunca más. Encarna Ribera murió, y fui a su entierro, y le puse unas rosas que se confundieron entre las miles que la envolvían, y pensé: "Gracias y adiós, Encarna Ribera." Nunca he dejado de pisar los escenarios. Hasta hoy. De vez en cuando algún imbécil escribe todavía que yo soy la continuación de Encarna Ribera. Imposible. Encarna Ribera era grande. Pero yo soy Gloria Marc.

MUCHACHA.— Dígame, ¿cómo lo he hecho?

Oscuro.

CUATRO

Luz. Elementos de un interior cálido y confortable. Libros. Un teléfono. Al fondo, se adivinan las paredes del escenario. Assumpta recibe a la Muchacha, que avanza con un hermoso ramo de flores.

ASSUMPTA.— Pasa. Pasa y siéntate.

MUCHACHA.— (Ofreciéndole las flores) Tenga.

ASSUMPTA.— Pero ¿qué haces con estas flores? ¿Me tomas por la reina de Inglaterra?

MUCHACHA.— Se me ha ocurrido en el último momento. Un impulso. Dicho y hecho.

ASSUMPTA.— No huelen apenas. Hoy en día todo parece de plástico.

MUCHACHA.— ¡Son naturales!

ASSUMPTA.— Lo sé, bonita. Preciosas. ¿Qué quieres tomar?

MUCHACHA.— Nada, de momento.

ASSUMPTA.— Hay de todo y en abundancia. Y si no, mandamos a por ello.

MUCHACHA.— Tiene usted una casa preciosa.

ASSUMPTA.— Con el tiempo. Poquito a poco. Algún día será una casa preciosa. La estoy arreglando para cuando tenga setenta años. ¿Ya has hecho la prueba para ese papel?

MUCHACHA.— La primera. Queda una segunda. No sé, ya veremos. Es muy difícil. Eso de que te comparen con otra... Y quizá, si me dieran algo más de tiempo...

ASSUMPTA.— (Interrumpiéndola) Lo conseguirás. Si no esta vez, la próxima. En fin, ¿no querías preguntarme no sé qué de la Ribera? Te advierto que tengo muy mala memoria. Y además hay detalles de la vida de una que no le interesan a nadie. Pero bueno, tú dispara.

MUCHACHA.— No, muy sencillo. Usted conoció a Encarna Ribera.

ASSUMPTA.— (*Vuelve a interrumpirla*) Me tomaría un whisky. ¿Quieres?

MUCHACHA.— Quizá sí.

ASSUMPTA.— Un whisky para ti...

MUCHACHA.— ¡No tanto, no tanto!

ASSUMPTA.— Soy yo la que no debería tomar tanto. Tres cubitos. ¿Y tú?

MUCHACHA.— Tres, también.

ASSUMPTA.— ¡Ah, mírala! ¡Me imita!

MUCHACHA.— (*Se ruboriza*) No. Siempre pongo tres.

ASSUMPTA.— Claro que sí. ¿Dónde estábamos?

MUCHACHA.— Que usted conoció a Encarna Ribera...

ASSUMPTA.— Muy poco tiempo.

MUCHACHA.— Tengo entendido que fue su profesora en la Escuela de Arte Dramático.

ASSUMPTA.— Trátame de tú, hazme el favor.

MUCHACHA.— Ah, sí. Gracias.

ASSUMPTA.— La Ribera fue mi profesora, sí. Un par de cursos.

MUCHACHA.— ¿Qué tipo de relación mantenía con ustedes..., contigo?

ASSUMPTA.— Encarna Ribera tenía un pico de oro. El teatro era un arte sublime; teníamos que dedicarle nuestras vidas, consagrarlos a dignificar el teatro... ¡Fantástico! ¡Suena a música celestial! ¿No te parece...? Pero la realidad está en la calle, ¿sabes?, y no dentro de las aulas. Yo me quedé sin padres muy pronto, y tuve la suerte de que mi hermano el mayor, que en paz descansa, me ayudaba en lo que podía... El pobre. Trabajaba como una mula. Tuvo que privarse de muchas cosas para salir adelante, y para sacarme adelante a mí también. ¡Nadie, nunca, me ha querido como él! Pero yo tampoco me dormía, y al terminar los estudios de teatro —que hubiera podido ahorrarme perfectamente— empecé a aceptar con gusto cualquier papelito que quisieran darme en las compañías profesionales. ¡Cualquiera! Cerré fuerte los ojos, me olvidé de Antígonas y de Julietas, y fui aceptando al

vuelo cualquier cosa que supusiera salir al escenario, decir tres frases y cobrar al cabo de la semana. Quedé curada de espantos el día en que me contrataron para un vodevil de lo más cutre. Me cogieron, me tiñeron de rubio platino, me enfundaron un bikini y tuve que salir ante el público a enseñar aquel cuerpo de fideo —a pesar de todo era jovencita, o sea, que “carne fresca”— y a decirle cuatro gilipolleces al primer actor de turno... Lo único que importaba —¡Dios mío!— era que les alegrara la vista a los espectadores.

MUCHACHA.— Pero tu recuerdo de la Ribera...

ASSUMPTA.— Ya llegaremos a la Ribera. Antes quiero que te sitúes. Hasta que no consigues atrapar un papel mínimamente decente, hay que tragar mucha mierda. ¡Eso, con suerte! El teatro es un oficio muy duro. Y muy hermoso, también. Si no, me dedicaría a otra cosa. Mira, teniendo en cuenta que más tarde conseguí un gran éxito en televisión, hubiera podido decir: “¡Idos a hacer puñetas!”, y dedicarme sólo a la tele. Pero no. No, señora, no. Como el teatro no hay nada. El cine no está mal, pero... tampoco. A mí el teatro me ha dado muchas satisfacciones, amén de unos cuantos disgustos. Y gracias al teatro he podido meterme en la piel de mujeres como las que una se encuentra por la calle, mujeres auténticas, de las de verdad, jodidas por la vida, por los hombres, por las leyes... ¡Eso sí vale la pena! A Clitemnestra puedes interpretarla como te dé la gana. Levantando la ceja, con una túnica divina y lanzando imprecaciones al cielo. Puedes hacerla como te dé la real gana porque a esa señora no la ha visto nunca nadie. ¿Quién coño conoce a Clitemnestra...? Pero a las mujeres normales y corrientes las ve una todos los días. ¡Atrévete a interpretar a una de esas! ¿Quieres más whisky?

MUCHACHA.— No.

ASSUMPTA.— Yo sí. Lo necesito, cuando tomo carrerilla. Yo soy así. Ahora hablaremos de la Ribera, no te preocupes. ¿Qué quieres saber de la Ribera?

MUCHACHA.— Dicen que..., dicen que, de todos modos, su influencia sobre ustedes...

ASSUMPTA.— ¿Quién lo dice?

MUCHACHA.— (*Cortada*) No sé; me parece haberlo oído...

ASSUMPTA.— Para empezar: la Ribera era lesbiana.

MUCHACHA.— ¿Cómo?

ASSUMPTA.— No pasa nada; todo mi respeto para las lesbianas. A veces puede que sean mejor compañía que un hombre. ¿O no?

MUCHACHA.— *(Que no da crédito a lo que oye)* ¿Era lesbiana? ¿Seguro?

ASSUMPTA.— ¿La Ribera? ¡¡Joder!! ¡Con el único hombre que se metió en la cama fue con su hermano!

MUCHACHA.— ¿Qué? ¿Qué quiere decir...? ¿Con su hermano...? ¿Qué hermano?

ASSUMPTA.— ¿Qué hermano va a ser? ¡El suyo! ¡Sólo tenía uno! ¡El gran actor Enrique Ribera! Formaban una pareja magnífica. En el escenario se entendían de maravilla. Y en la cama, por lo visto, también.

MUCHACHA.— Me deja...

ASSUMPTA.— Despierta, hijita. Si lo sabe todo el mundo. Incluso hay una obra de teatro, inspirada en ellos, que habla de ese tierno amor entre dos hermanos actores. ¿No será la que tú vas a hacer?

MUCHACHA.— No, ni de lejos. No, la obra para la que estoy haciendo la prueba transcurre durante la primera juventud de Encarna Ribera, cuando ella...

ASSUMPTA.— *(Interrumpiéndola)* Sí, muy bien. Mira, la Ribera era una buena pedagoga. A los alumnos se nos caía la baba. Y ella nos quería mucho. Se encontraba de maravilla con nosotros. Arrugada como una pasita, pintada como una mona, pero todavía, a su edad, un pedazo de actriz como pocas se han visto. Ha tenido imitadoras, o sucesoras, o como quieran llamarlas... Pero ¡nada! No digo que después no hayan salido grandes actrices, aquí mismo tienes una, pero somos diferentes. Una gran pedagoga, una gran actriz y una gran lesbiana. Todo a lo grande. Y mucho cuidado de no caer en sus garras. Su repertorio de fobias y filias hay que entenderlo a partir del hecho de que le gustaban las mujeres tanto como a un niño un caramelo. Y en la Escuela, en mi curso, estábamos unas cuantas chicas que prometíamos. Nos hizo suyas.

MUCHACHA.— ¿Qué quiere decir?

ASSUMPTA.— No, nada de lo que te imaginas. Nos llevaba a su casa. Una casa llena de recuerdos, objetos, fotografías...

MUCHACHA.— Tenía un teatrillo de juguete, púrpura, azul y oro. ¿Verdad?

ASSUMPTA.— *(Mira a la muchacha con atención)* ¿Quién te lo ha dicho?

MUCHACHA.— Lo he leído no sé dónde. Me llamó la atención. Me encantan esos teatros.

ASSUMPTA.— Aquél era especial. No he visto ninguno parecido. Y el telón, rojo —púrpura, como tú dices—, tenía dibujadas, en el extremo inferior, un par de iniciales. E y R.

MUCHACHA.— *(Sobrecexcitada)* ¡Claro! ¡Las iniciales de Encarna Ribera!

ASSUMPTA.— *(Con intención)* No sólo las suyas. *(Pausa)* También las de su hermano, Enrique Ribera. Los dos hermanos al tiempo. Dos nombres y unas mismas iniciales. Dos personas fundiéndose en una sola. Lo entiendes, ¿no? Aquel teatro lo mandó construir Enrique Ribera para recordar siempre, discretamente, el amor que sentía por su hermana. Dos iniciales sobre el símbolo del arte que los mantenía unidos: un teatrillo de cartón. *(Pausa)* Muy romántico. ¿Qué te pasa, bonita? Te has quedado traspuesta. ¿Me escuchas?

MUCHACHA.— Perdón. Sí, sí.

ASSUMPTA.— ¿Sabes por qué te hablo de ese teatrillo? Tenía que ser mío. Ella, la Ribera, tenía que dármelo. Como una especie de herencia. Pero el juguete no llegó nunca a mis manos. No recuerdo adónde fue a parar.

Pausa. Se sirve otro whisky.

MUCHACHA.— Un dedito para mí, por favor.

ASSUMPTA.— ¡Un dedito! ¿Qué más quieres que te cuente? ¿Algo en concreto? Seguro que esperas impaciente determinada información.

MUCHACHA.— No sé qué pueda ser. Después de lo que me ha dicho...

ASSUMPTA.— Si quieres, cierro el grifo.

MUCHACHA.— ¡No! Sólo que no esperaba... No imaginaba nada de lo que me estás contando...

ASSUMPTA.— Y no he terminado.

MUCHACHA.— Sí, por favor; continúa.

ASSUMPTA.— Las muchachas que prometíamos en aquel curso, éramos exactamente cuatro. Íbamos a comernos el mundo, y la Ribera tenía la llave del mundo. Y he aquí que la Ribera, antes

de retirarse definitivamente, quiso dirigir una obra. Iba a ser la gran traca final. Había hecho muchísimas mierdas, pero, claro, en el momento de retirarse tenía que dar la campanada. Escogió *Ifigenia en Áulide*. Y decidió que una de las cuatro sería Ifigenia. Era un mal bicho.

MUCHACHA.— ¿Qué hizo?

ASSUMPTA.— Fingió dudar entre las cuatro.

MUCHACHA.— ¿Tenía tomada la decisión desde el principio?

ASSUMPTA.— ¡Por supuesto! Una de nosotras se había convertido en su fulana. Ana. Se llamaba Ana. Pobre criatura. La deslumbró, la vampirizó, le lavó el cerebro y se la metió en la cama.

MUCHACHA.— Pero si... se querían...

ASSUMPTA.— Calla, ¿qué dices? Una chiquilla de veinte años, preciosa, llena de ilusiones, con toda una vida por delante, y esa vieja mona pintarrajeada metiéndole mano, ensuciándola... Estaba muriéndose y no se resignaba, no se resignaba, ¡no se resignaba! Ana tenía que ser forzosamente Ifigenia. ¡Muy bien, era el regalo a su putita! Coqueteaba con las cuatro, fingía que todavía no se había decidido... "Perdonadme, no me gusta hacerlos sufrir. Sé que estáis pendientes de la decisión..." ¡Y una mierda, pendientes! Un día cogió a Ana por banda. Eramos amigas. Íntimas. Las cuatro lo éramos. Como los cuatro mosqueteros. Podíamos hablar sin tapujos. "¿A qué coño estás jugando?", le solté. Y ella: "No puedes entenderlo, no puedes entenderlo. Encarna... Encarna..." ¡Oh, Encarna, Encarna! ¡¡Encarna Ribera, Dios Padre Omnipotente!! Y entonces Ana me cogió del brazo y me aseguró —¡santa inocencia!— que su relación con la momia egipcia no tenía nada que ver con la decisión de cuál de las cuatro sería Ifigenia. ¡¡Se lo creía!! ¡Puedo jurar delante de cualquier tribunal que se lo creía! Me eché a reír y se ofendió muchísimo. La dejé por inútil, aunque algo en mi interior me decía que no, que debía insistir, que tenía que librarla de esas garras que la oprimían. Y así, claro, cuando Ana supo que era ella la escogida, estaba convencida de que se debía única y exclusivamente a sus méritos de actriz. (Pausa) ¿Qué? ¿Te servirá todo esto para interpretar en el escenario la juventud esperanzada de la eximia Encarna Ribera?

MUCHACHA.— No lo sé.

ASSUMPTA.— ¡Y una mierda te servirá! Te lo dije, y el que avisa no es traidor. En fin... (Se sirve otro whisky) Perdona mis exabruptos.

MUCHACHA.— No, no...

ASSUMPTA.— Después me arrepentiré. Sufro de insomnio. Mi marido ronca, y ronca, dulcemente reconciliado con el universo entero, y yo, a su lado, con los ojos como dos panderetas, me paso la película del día, admito mis pecados y hago propósito de enmienda. El peor de todos es que no sé callarme. Ni siquiera contigo, una desconocida que mañana irá contando por ahí las barbaridades que soltaba la Roca mientras cogía una cogorza de whisky de marca.

MUCHACHA.— ¡Le juro que no lo sabrá nadie!

ASSUMPTA.— No jures en falso, no vale la pena. No es culpa tuya si soy una bocazas. Me propongo callar, fingirme muda, y a los cinco minutos se me suelta otra vez la lengua.

MUCHACHA.— Le agradezco mucho su confianza. Y no pienso abusar de ella.

ASSUMPTA.— ¿Quieres hacer el repajolero favor de tratarme de tú?

MUCHACHA.— ¡Sí!

ASSUMPTA.— No. A la fuerza, no. No te obligo.

MUCHACHA.— Hay momentos en que se me olvida.

ASSUMPTA.— Me ves mayor, distante...

MUCHACHA.— ¡Usted no es mayor! (Pausa) Lo siento.

ASSUMPTA.— Una mujer mayor que cuenta historias interesantes, historias de hace miles de años. ¿Dónde estábamos? Ya tenemos a Ana preparándose para el gran acontecimiento. Las otras tres intentábamos no sentir envidia. Éramos jovencitas y buenas chicas. Yo necesitaba trabajar y lanzaba cables por si alguien quería contratarme. Sabía que, fuera donde fuera, no me tocaría ninguna Ifigenia. El sueño se realizaba para otras, a mí me quedaba la realidad. Un día, la Ribera, que seguía queriéndonos muchísimo, nos invitó a un ensayo. A eso se le llama crueldad mental. Y fuimos, naturalmente. En silencio, cohibidas; nos sentamos en un rincón, mientras actores y actrices a los que habíamos criticado y admirado se movían bajo la batuta de la Ribera. Y Ana en el centro. Nos vio y nos saludó de lejos. Después, concentrada, empezó a recitar su papel y a deambular por el espacio que figuraba el escenario. Al principio estaba fría. La Ribera se lo dijo. Después fue entrando en situación. Se iba creciendo. Yo, en pleno ataque de envidia, que pretendía no se me notara, no daba crédito a mis ojos. Crecía y crecía, y por un instante llegó a ser

Ifigenia, llegó a conseguirlo de veras. ¿Te habrán contado en la Escuela, supongo, que el teatro es la suma de todas las artes, no? Ana fue la pintura, la escultura, la música, la danza... ¡Y todo esto porque fue Ifigenia! (Pausa) ¡Huy, estoy hablando como Gloria Marc! (Pausa) Asistimos al alumbramiento de una actriz. Pero la Ribera no tenía bastante. Nos contaban que le exigía sin descanso. Unos días después, o unas semanas después, durante otro ensayo —esta vez no estábamos nosotras, claro—, Ana, de repente, se desplomó en el suelo. Susto, carreras, que si un médico sí, que si un médico no... Cuando empezó a volver en sí, la Ribera pidió al resto de la compañía que las dejara solas. Ella y Ana, a solas. El último en salir oyó como la Ribera preguntaba, en tono seco: “¿Qué significa este desmayo?” Y que Ana respondía: “No puedo; nunca podré.” El encuentro a solas duró más de una hora. Después Ana se marchó sin hablar con nadie. Todo se sabe. Ana estaba acojonada. Tenía encima una responsabilidad que no podía asumir. Dijo que dejaba el papel, que abandonaba. Entonces, en vez de ayudarla, la Ribera la masacró. Le dijo que no era nadie y que nunca llegaría a nada. Que estaba acabada aun antes de empezar. (Pausa) Ana, en aquella situación, no acudió a nadie que pudiera ayudarla. Ni siquiera a nosotras. Puede que tuviera vergüenza y no se atreviera. Puede. Y al día siguiente —o a los dos días, no sé— tuvo el accidente.

MUCHACHA.— ¿Un accidente? ¿No cayó enferma?

ASSUMPTA.— Un accidente. Es decir, se suicidó.

MUCHACHA.— ¡No!

ASSUMPTA.— ¡Por supuesto que sí! Entonces... ¡Entonces, yo qué sé! Me falla la memoria para los pequeños detalles. Se suspendieron los ensayos. La Ribera empezó a negociar con mi amiga Gloria Marc. Gloria sí estaba a la altura de la Ribera; ésa sí. Fría y dura como un témpano. Ella sustituyó a Ana. Y salió muy bien parada. Se consagró. Yo, durante muchos años, seguí haciendo criaditas. Dicen que el teatro es una parábola de la vida, pero en realidad no hay nada en la vida que no sea una parábola de la vida.

MUCHACHA.— Me ha dejado... Me ha dejado de una pieza. No sé qué decir.

ASSUMPTA.— Yo interpretaba criaditas, participaba en huelgas, creía en el teatro como arma política... Tantas y tantas gilipolleces. La verdad es que no puedo quejarme; he ido saliendo a flote. Y después de las criadas llegaron papeles mejores. Pero no estamos aquí para hablar de mí. Tu quieres que te hable de la Ribera.

No sé qué más pueda contarte. Era buena actriz. Hoy no gustaría, pero para su época era muy buena. ¿Algo más?

MUCHACHA.— No. Ya he abusado bastante.

ASSUMPTA.— Desde que has llegado no haces más que decir frases convencionales. ¿Tanto miedo te doy?

MUCHACHA.— ¡Que va! Supongo que es timidez...

ASSUMPTA.— Los actores somos tímidos. ¿Te queda todavía alguna prueba para saber si te dan el papel?

MUCHACHA.— No me lo van a dar.

ASSUMPTA.— Estoy segura de que sí. ¿Y en qué consisten esas puñeteras pruebas?

MUCHACHA.— En la primera tuve que leer el papel que, se supone, sería el mío en la función. Sin haber visto antes el texto. Así, a la primera; saliera lo que saliera. En la próxima tengo que recitar de memoria un fragmento de una obra que yo escoja.

ASSUMPTA.— ¿Qué obra has escogido?

Pausa.

MUCHACHA.— *Ifigenia en Áulide.*

Pausa.

ASSUMPTA.— (Lenta) Qué casualidad... Eres una caja de sorpresas.

MUCHACHA.— Ya sé que a ust..., que a ti no te gustan las tragedias.

ASSUMPTA.— ¿Y por qué has elegido ésa?

MUCHACHA.— Me gusta. Esa pobre chica que acepta sacrificarse por el destino de su pueblo...

ASSUMPTA.— (Saltando) ¿¿Qué??

MUCHACHA.— Ifigenia.

ASSUMPTA.— ¡Ifigenia no acepta sacrificarse por el destino de ningún pueblo! ¿De dónde has sacado eso?

MUCHACHA.— De la obra.

ASSUMPTA.— ¡Ah, perdone usted! Veo que eres una erudita. De manera que una escena de Ifigenia... Mira por donde. Las tragedias no me entusiasman, pero ésta me la sé de memoria. ¡Ifigenia

es una pobre imbécil y su padre un militar hijo de puta que quiere ir con sus tropas a joder al vecino para quedarse con sus tierras! ¡Un hijo de puta que si es preciso pasa por encima del cadáver de su propia hija! Y ella, naturalmente, lo que quiere es vivir, pero de eso ni se habla. Y le llenan la cabeza, y ella la pobre se deja —¿qué va a hacer, si no?— y acaba yendo al sacrificio como una vaca al matadero. Pero justo antes de que el cuchillo se hunda en la garganta, todavía se le escapa, de lo más hondo de su alma, un grito desesperado: “¡Adiós, luz que tanto he amado!” ¿Dónde tengo la obra? (*Se mueve, buscando entre los libros*) Tiene que estar por aquí. ¡Ya te tengo! (*Coge un libro muy usado*) Lo que piensa Ifigenia lo dice ella misma muy claro antes de que se la cargen. ¡Mira, aquí; lee!

MUCHACHA.— No hace falta. Supongo que...

ASSUMPTA.— ¡Lee! ¡Que yo te oiga!

La Muchacha, nerviosa, está de pie, con el libro en la mano, intentando leer con sentido, con pasión contenida.

MUCHACHA.— “Si yo, padre, supiese hablar...”

ASSUMPTA.— ¡Se dirige al cabrón de su padre para conmooverle y que no la mate!

MUCHACHA.— “... si yo tuviese el arte de la elocuencia, de él me serviría ahora. Pero mi único arte son las lágrimas, y de las lágrimas me serviré”.

ASSUMPTA.— ¡No parece muy contenta, la chiquilla!

MUCHACHA.— “¡No me hagas morir tan temprano! ¡La luz de la vida es dulce, no quiero la oscuridad de la muerte!”

ASSUMPTA.— ¡Mira tú qué ganas de sacrificarse por el supuesto destino de su pueblo!

MUCHACHA.— “Fui tu primera hija. Fui la primera que, sentada en tus rodillas, recibió tus caricias. Y me decías: Un día te veré feliz y con marido, y me darás nietos dignos de mí. Y yo te respondía: Cuando seas viejo te acogeré en mi palacio, y así pagaré los trabajos y fatigas que sufriste al criarme. ¡Bien me acuerdo de todo lo que dijimos! ¡En cambio tú lo has olvidado y me quieres matar!”

ASSUMPTA.— “¡Tu lo has olvidado y me quieres matar...!” ¡Más energía...! (*Le coge el libro, de un zarpazo*) ¡Dame! Tú tienes la edad y la voz, pero yo tengo la energía. (*Medio lee, medio recita de*

memoria, con furia) “¡Por la madre que me parió, ¿qué tengo yo que ver con tu guerra? ¡Oh, padre, si no puedo convencerte, dame un beso y, al menos, mientras muera, que me quede este recuerdo de ti!” Y ahora se vuelve a su hermano el pequeño, que también está por allí mirando. “¡Hermano, en poco puedes ayudarme, pero con tu llanto suplica a nuestro padre que tu hermana pueda vivir! ¡Mírale, padre, cómo suplica sin palabras! ¡Respétame, cabronazo —eso de cabronazo lo añadiría yo—, respétame y apiádate de mi juventud! ¡Mira esta luz, padre! ¡Para los hombres es lo más dulce que existe; lo que hay bajo tierra no es nada de nada! ¡Loco es aquel que quiere morir; antes mil veces mal vivir que no tener una bella muerte!” (*Pausa. Cierra el libro.*) ¡Esta es Ifigenia, que no nos jodan! (*Guarda el libro*) ¿Quién te ha engañado a tí? (*La muchacha calla*) Hazlo así y el papel es tuyo. ¿Whisky?

MUCHACHA.— Sí.

Oscuro.

CINCO

Luz. Elementos de un interior anodino. Libros. Un teléfono. Al fondo, se adivinan las paredes desnudas del escenario. María recibe a la Muchacha, que avanza con las manos vacías.

MARIA.— Pasa. Pasa y siéntate.

MUCHACHA.— Quería traer unas flores...

MARIA.— ¡Ni se te ocurra! Menos mal que no lo has hecho.

MUCHACHA.— Llevo un día frenético. Cuando he querido darme cuenta ya estaban cerradas las tiendas.

MARIA.— Las flores son para las divas. Yo no sabría qué hacer con ellas. Siéntate. ¿Qué quieres tomar?

MUCHACHA.— Nada, de momento. Me pediste que te tuteara, ¿verdad?

MARIA.— Eso espero. ¿Cuándo son las pruebas para el papel de la Ribera?

MUCHACHA.— Ayer hice la última.

MARIA.— ¿Ya? ¿Y qué?

MUCHACHA.— Tienen que llamarme para decirme sí o no.

MARIA.— No he podido ayudarte. Da igual, tampoco te hubiera servido de mucho.

MUCHACHA.— Todavía puedes hacerlo. Caso de que me seleccionen, por supuesto. Y aunque no fuera así, también. Necesito alguien que... Necesito que me aconsejes...

MARIA.— Sí, mujer. Si puedo, sí.

MUCHACHA.— ¡Ah, por cierto! He dado tu número de teléfono. ¿Te importa?

MARIA.— En absoluto.

MUCHACHA.— Al ayudante de dirección. Si he pasado la prueba y no me encuentra en casa, me llamará aquí.

MARIA.— Vaya. Tener que estar pendiente del teléfono. Qué incómodo, ¿no?

MUCHACHA.— Sí, qué remedio.

MARIA.— Yo también espero una llamada. Pero la mía es del médico.

MUCHACHA.— ¿Problemas de salud?

MARIA.— Tienen que darme el resultado de unas pruebas. Bien, intentaremos hablar, pasarlo bien y olvidarnos del teléfono. ¿Sabes que te digo? Se impone una copita. Aunque no tengamos ganas. Todo es empezar.

MUCHACHA.— Sí, será lo mejor.

MARIA.— ¿Te hace un whisky?

MUCHACHA.— Doble. Y tres cubitos, si es posible.

MARIA.— Tres para ti y tres para mí. *(Pausa)* ¿Qué? ¿Hablamos de Encarna Ribera o la mandamos a hacer puñetas?

MUCHACHA.— Preferiría que habláramos.

MARIA.— Muy bien. Pues, tú dirás. Pregunta.

MUCHACHA.— Había un teatrino, un teatro de juguete, rojo, azul y oro...

MARIA.— ¿Cómo lo sabes?

MUCHACHA.— Tengo uno parecido. ¿No te acuerdas? Salió en nuestra primera entrevista.

MARIA.— ¿El teatrino de la Ribera?

MUCHACHA.— El mío. Y otro que tuviste tú. El de la Ribera... Creo que ella dijo que se le regalaría a Assumpta Roca. A modo de herencia. Pero después no...

MARIA.— ¿Que la Ribera le dijo a la Roca que le regalaría su teatrino? ¿De dónde has sacado eso? *(Silencio)* ¡Assumpta! ¿Has hablado con Assumpta, verdad?

MUCHACHA.— Sí.

MARIA.— ¡A modo de herencia...! ¡Nunca cobró esa herencia! ¿Qué más te ha contado Assumpta?

MUCHACHA.— ¿Te molesta que haya hablado con ella?

MARIA.— ¡Al contrario!

MUCHACHA.— Quería saber cómo era Encarna Ribera y se me ocurrió que ciertas personas podrían informarme. Tú, la Roca, y... Bueno, y además, Gloria Marc.

MARIA.— ¡Ah! ¿Ésa también te ha concedido audiencia?

MUCHACHA.— Sí.

MARIA.— ¡Fantástico! ¿Y qué más puedo añadir yo que no te hayan contado ellas?

MUCHACHA.— Los recuerdos de una y otra se contradicen bastante.

MARIA.— *(Se ríe)* ¿De veras? A ver, cuéntame cuáles son esos recuerdos contradictorios.

MUCHACHA.— Han llegado a desconcertarme. En el fondo, no es que se contradigan realmente. Bueno, a primera vista, sí, pero en realidad... Las dos están de acuerdo en que la Ribera era una gran actriz. Las dos me han hablado con nostalgia de las veladas que pasaba en su casa un grupo de cuatro alumnas privilegiadas, las mejores de la promoción. Para Gloria Marc aquello fue... una de las experiencias más importantes de su vida. La edad de oro, dijo ella. Para Assumpta Roca fue una especie de trapicheo, pero se le notaba que también lo pasó muy bien.

MARIA.— Lo pasamos muy bien.

MUCHACHA.— Sólo que... quizá la Ribera las invitaba a su casa no sólo por... amor al teatro... ¿Es así?

MARIA.— No lo sé. Continúa.

MUCHACHA.— Por lo visto, convirtió a la otra chica, Ana, en su amante. Después le dió el papel de Ifigenia, pero le exigía mucho, cada vez más, como se lo hubiera exigido a sí misma. La Roca dice que la chica habría sido quizá una buena Ifigenia si la Ribera no hubiera llegado a bloquearla con tantas exigencias. Al final se suicidó, ¿verdad?

MARIA.— ¡Caray, menudo culebrón!

MUCHACHA.— ¿No fue así?

MARIA.— Primero, termina.

MUCHACHA.— Y entonces Gloria Marc sustituyó a vuestra amiga muerta.

MARIA.— Sí.

MUCHACHA.— Y ése fue el principio de su carrera.

MARIA.— Evidentemente. ¿Y cómo fue que Encarna Ribera escogió a Gloria para sustituir a Ana?

MUCHACHA.— Porque creía que era la mejor, o... porque Gloria fue la única de vosotras que tuvo la sangre fría de ofrecerse.

MARIA.— ¿Has terminado? ¿Me permites que te dé mi versión de los hechos?

MUCHACHA.— Me muero de ganas.

MARIA.— Puede que sea verdad que la Ribera exigió de Ana más de lo que la pobre podía dar. La quería. Cuidado, nos quería a las cuatro. Quizá a Ana un poquito más; quizá veía en ella la sucesora que estaba buscando. En ella más que en las otras. Pero dudo que hubiera nada de sexo entre las dos. Me da igual, pero no lo creo. La verdad es que nunca llegué a entender del todo a la Ribera. Se pasó los dos cursos reviviendo su propia juventud a través de nosotras. No le quedaba mucho, supongo que era consciente de eso, y se aferraba a cuatro jovencitas en las que veía dotes de actriz. La Ribera fue una mujer muy dura, pero también una sentimental. El teatrillo lo demuestra.

MUCHACHA.— El teatrillo, ¿por qué?

MARIA.— Era, quizá, su objeto más querido. Se lo había regalado su hermano. En el telón estaban las dos iniciales: E y R.

MUCHACHA.— ¿Tú sabes qué se hizo de ese teatrillo?

MARIA.— Mejor que nadie. De alguna manera aquel teatro simbolizaba, con sus decorados, con sus figuritas, con el cariño de quien se lo había regalado... con todo eso, aquel teatrillo simbolizaba, para ella, el Teatro, con mayúscula. O sin mayúsculas ni minúsculas. Y tomó la decisión de regalárselo a quien considerara su heredera. Lo había dicho muchas veces. Y lo dijo una vez más el día que anunció que quería dirigir *Ifigenia* y después retirarse para siempre. Ya he dicho que además de una mujer muy dura y muy exigente, era sobre todo, y vuelvo a repetirlo, una gran sentimental... Y como además tenía un pelín de cursi, o de anticuada, y le gustaban los golpes de efecto, pues... muy solemne nos anunció: "No puedo dividir el teatro en cuatro partes. Lo enviaré a una de vosotras. Y la que lo reciba sabrá que es mi *Ifigenia*."

MUCHACHA.— ¡Pero si ya había decidido que el papel sería para Ana!

MARIA.— ¿Tú qué sabes?

MUCHACHA.— La Roca estaba convencida.

MARIA.— A la Roca le gusta creerlo así. Pero hasta que Ana no recibió, efectivamente, una caja enorme con el teatrillo dentro, las cuatro estuvimos varios días con el corazón en un puño, abrazándonos por los rincones y jurando que siempre seríamos amigas, ganara la que ganara. Ganó Ana y me morí de envidia. Nunca había envidiado tanto a nadie. (Pausa) Y la envidia jamás me ha abandonado.

Pausa. María hace un gesto extraño.

MUCHACHA.— ¿Te encuentras mal?

MARIA.— Me he exaltado un poco. Y no me conviene. (Pausa) Empezaron los ensayos de *Ifigenia en Áulide*. Fuimos a ver uno. Ana no acababa de encontrarse a sí misma en el papel.

MUCHACHA.— ¿No estuvo magnífica en aquel ensayo?

MARIA.— No. Ni falta que hacía. Eran sesiones de tanteo. Pero Ana quería estar ya en la piel del personaje. Sufría. Se impacientaba... No sé cómo habría llegado a hacerlo. Puede que muy bien, vete a saber. Y entonces vino el accidente.

MUCHACHA.— El suicidio.

MARIA.— Déjate de suicidios. Un accidente. Viajaba en coche con otros miembros de la compañía. Ella iba en la parte de atrás. Su puerta estaba mal cerrada. Al tomar una curva se apoyó demasiado, la puerta cedió... y salió despedida. Se dió con la nuca en el asfalto y murió en el acto.

MUCHACHA.— ¿Y si se tiró?

MARIA.— ¿Por qué? (Pausa) No. La vida no es un melodrama. (Pausa) Gloria, Assumpta y yo, al enterarnos, nos llamamos las unas a las otras, quedamos para vernos, y... aquello fue una tragedia. El mundo entero se hundía. Si se había acabado la vida para nuestra amiga, se acababa también para nosotras. No recuerdo dónde estábamos. No sé en casa de quién. Llorábamos, nos abrazábamos, estábamos unidas y nos sentíamos maduras de repente. La fatalidad había llamado a nuestra puerta para dejarnos un recuerdo imborrable; el monstruo, que diría Assumpta, nos había dejado una marca que nos hacía distintas del común de

los mortales. Había una complacencia morbosa en medio de aquel dolor. Entonces, de golpe, se abrió una puerta y entró Encarna Ribera. Llevaba un gran envoltorio en las manos. Al principio no dijo nada, sólo nos miraba. Nosotras también permanecíamos calladas. ¿Sabes lo que es un rostro demudado? La Ribera tenía el rostro demudado. Ni una lágrima. No la vimos llorar. Pero la muerte de Ana se le había caído encima. A ella, sí. A ella, sin remedio. Después dijo que se sentía cansada, tomó asiento, y dejó el envoltorio a su lado. Empezó a hablar en voz baja. No se refería directamente a Ana. No necesitaba demostrar nada. Recuerdo que yo la miraba y me sentía avergonzada por lo pobre de mi dolor. La miraba y pensaba: se acabó la Ribera, se acabó. Por eso me sorprendí al darme cuenta del sentido de las palabras que la anciana actriz iba destilando, lenta y sin expresión alguna: decía que los ensayos de *Ifigenia* no podían interrumpirse y que faltaban sólo quince días para el estreno. Que, evidentemente, el papel tenía que ser para una de las tres. Que no se sentía con fuerzas de volver a elegir y que decidiéramos nosotras mismas quién se lo adjudicaba. Se levantó, agotada por el esfuerzo, y señaló el envoltorio. "Es el teatrillo —dejó caer—. Decidme quién se queda con él y sabré quién debe empezar a ensayar *Ifigenia* esta misma tarde." Y se marchó. Arrastraba los pies.

MUCHACHA.— Esta parte de la historia no me la contaron. Ni la Marc ni la Roca.

MARIA.— ¡Qué mala memoria! A todas nos falla a veces, hay que perdonarlas. Al quedarnos solas yo fui la primera en reaccionar. ¡Que suspendieran el espectáculo; qué se había creído aquella bruja! Un minuto antes me moría de vergüenza porque mi dolor por la muerte de Ana se quedaba pequeño comparado con el suyo, y ahora no entendía nada... Mi indignación crecía por minutos. No sé qué otras cosas llegué a decir, pero no dejé de hablar durante muchísimo rato. Por fin, me quedé en silencio. Mis amigas callaban también. De hecho, no habían abierto la boca todavía. Entonces una de las dos, no recuerdo cuál, empezó diciendo que la obra se estrenaría, quisiéramos o no. Nosotras no éramos nadie para impedirlo. Y retomar el papel de Ana sería el mejor homenaje que podíamos ofrecerle. Llegó un momento en que hablaban las dos a la vez, quitándose la palabra, terminando una las frases de la otra. Parecía que estaban leyéndose el pensamiento. Y las dos se pusieron perfectamente de acuerdo. Después de darle varias vueltas, la conclusión final fue ésta: puesto que se trataba de un honor al cual ninguna de las tres queríamos renunciar, no quedaba otra solución que echarlo a suertes y jugarnos el teatrillo.

MUCHACHA.— ¿A suertes? ¿Entre vosotras?

MARIA.— Sí. A pares o nones. A cara y cruz. A las cartas.

MUCHACHA.— ¿No había otra salida?

MARIA.— Que dos de nosotras renunciáramos.

MUCHACHA.— (*Entendiendo*) Ya. No había ninguna salida.

MARIA.— (*Seca*) Pero yo no entré en el juego.

MUCHACHA.— (*Atrapada*) Ah.

MARIA.— No quise jugar. Ellas, sí. (*Mira a la Muchacha a los ojos y sonríe*) Tú también habrías jugado.

MUCHACHA.— No lo sé.

MARIA.— Ni lo sabremos nunca. Se jugaron el teatrillo a una partida y, con él, el papel de *Ifigenia*. Con auténtica fiebre de tahúres. Vigilando cada movimiento, con los ojos brillantes, deseando que la otra se hundiera, desapareciera... Las grandes amigas se habrían matado por aquel papel. Gloria ganó y Assumpta perdió. Esta parte de la historia no te la han contado, pero la recuerdan. Ya lo creo que la recuerdan. La recuerdan tan bien que nunca más han vuelto a trabajar juntas. Y nunca lo harán. (*Pausa. Cambio de tono*) La Ribera decía que el teatro tenía que ser un hombre o una mujer, el actor, que consuela a otro hombre o a otra mujer, el espectador. Los actores están ahí para consolar a los espectadores. La Ribera, que no era un ángel ni un demonio, quería convencernos de que íbamos a ser una especie de sacerdotisas, una especie de santas celebrando ritos benéficos encima del escenario. Yo no me veía capaz de nada de eso; a veces, en cambio, pienso que Ana, tan próxima a la Ribera, llegó a creérselo de veras. Gloria y Assumpta seguro que no. Ellas querían el teatro para exhibir impudicamente su narcisismo. En el teatro, las heroínas lloran, se desesperan, su amante las abandona para siempre..., pero no están solas, les quedan los espectadores... Gloria y Assumpta, pase lo que pase, tendrán siempre los aplausos del público.

MUCHACHA.— ¿Estás juzgándolas a ellas o a los actores en general?

MARIA.— Estoy hablando de dos amigas mías. ¿Y sabes una cosa? Son buenas. Muy buenas actrices. ¿Y quieres saber otra cosa? Da igual lo que ellas piensen o deseen. La verdad es que, en definitiva, siempre consiguen lo que la Ribera pretendía: sus interpretaciones sirven de consuelo al espectador.

Pausa.

MUCHACHA.— ¿Y tú?

MARIA.— ¿Yo, qué? Yo no era una actriz de verdad. De haberlo sido también habría intentado conseguir el teatrillo. Las odio. Y las quiero. Las admiro. Y sobre todo... Ya te lo he dicho antes: sé que ellas se envidian entre sí, pero yo las envidio infinitamente más a las dos. La envidia no me ha abandonado nunca. Puede que la envidia tenga más fuerza que la verdad. Puede que, sin darme cuenta, al hablar de ellas esté mintiendo yo también. No tienes por qué dar más crédito a mis palabras. Las envidio. Las envidiaba ya aquella tarde, mientras se echaban a suertes el papel de Ifigenia. Las envidiaba tanto... que les robé el teatrillo.

MUCHACHA.— ¿Tú?

MARIA.— Sí. Después, lo robé. El teatro desapareció y Gloria se quedó sin él. No sé si llegó a importarle.

MUCHACHA.— ¡Pero tú no lo tienes!

MARIA.— ¿Cómo lo sabes? No.

MUCHACHA.— ¿Qué hiciste con él?

MARIA.— Me quemaba en las manos. No era mío. No me pertenecía. Pero no podía, ni quería, devolverlo. Durante unos años ejercí de actriz. Tenía trabajo, me defendía. Pero me faltaba una cosa: no era lo bastante hija de puta para llegar a ser de verdad un auténtica primera actriz. Me metí en el doblaje... Fui alejándome del escenario... Entonces, un día, cogí el teatrillo y lo vendí por cuatro perras.

Pausa.

MUCHACHA.— Y fue entonces cuando mis padres, yo era muy pequeña, lo compraron y me lo regalaron.

MARIA.— ¿A ti?

MUCHACHA.— Si no es ése el mío, por lo menos es igual al que Assumpta y tú habéis descrito.

MARIA.— ¿Telón rojo y unas iniciales?

MUCHACHA.— E. R.

MARIA.— (Ríe) ¡Eso tiene gracia! Puedes estar segura de que el papel de la Ribera será para ti. ¡Estás predestinada!

MUCHACHA.— No te burles.

MARIA.— ¿No lo crees tú también?

Pausa.

MUCHACHA.— Sí. (*Transición*) Desde que entré aquí, y ahora todavía con más motivo, quiero preguntarte qué debo hacer con ese teatrillo. ¿Y si se lo llevo a Gloria Marc? Primero pensé en Assumpta Roca, pero puede que lo más justo sea devolvérselo a la Marc. Ella fue quien lo ganó.

MARIA.— Es tuyo. Quedátelo.

MUCHACHA.— ¿Seguro?

MARIA.— Seguro. Guárdalo, recuerda su historia y conviértete en una gran, gran, gran actriz.

Pausa.

MUCHACHA.— De acuerdo, está bien. Seré una gran actriz y haré también *Ifigenia en Áulide*.

MARIA.— ¡Por supuesto!

MUCHACHA.— (*Entusiasmándose*) Seré esa muchacha que quiere vivir, que quiere la luz, pero que acaba aceptando el sacrificio, que acaba aceptando su papel. La inocencia inmolada.

MARIA.— (*Realista*) ¡De inmolada, nada! En el último minuto de la obra llega un dios, me parece, o no sé quién, y se la lleva por los aires. Y va a parar a Táuride, un puerto de mar, donde se convierte en una sanguinaria sacerdotisa que mata a todos los extranjeros que se acercan a la costa.

MUCHACHA.— Eso es de otra tragedia.

MARIA.— La continuación, escrita por el mismo autor. También ésta es Ifigenia. Si algún día llegas a representar a Ifigenia, por sí acaso, no la hagas inocente. Hazla bien. Con eso basta.

MUCHACHA.— (*Desconcertada*) Pero, ¿quién es Ifigenia?

MARIA.— Cuando llegue el día, serás tú.

Suena el teléfono. Gesto de ansiedad en las dos mujeres. María va y descuelga.

¿Diga...? Sí... Sí.

MUCHACHA.— ¿Para mí?

MARIA.— *(Niega con la cabeza)* Son los resultados de mis análisis.
(Al aparato) ¿Positivo, verdad...? Gracias... Sí. Mañana sin falta.
(Cuelga)

MUCHACHA.— ¿Buenas noticias?

MARIA.— La metástasis está muy extendida. No hace falta operar.

Oscuro.

SEIS

El escenario está ahora completamente vacío. Cualquier tipo de decorado ha desaparecido. Assumpta, vestida de calle, espera, apoyada en una pared, quieta y en silencio. Se oyen pasos y entra Gloria, vestida también de calle, que cruza el escenario con paso seguro, sin advertir la presencia de Assumpta.

GLORIA.— *(En voz alta, hacia el lateral por el que acaba de aparecer)*
¡Hasta mañana! ¡Os quiero! ¡Buenas noches a todo el mundo!

Assumpta avanza un paso, a fin de que Gloria pueda verla.

ASSUMPTA.— ¿Como te las arreglas? *(Gloria se detiene a una distancia prudencial. Las dos se miran)* ¿No resulta agotador decir siempre lo que conviene y nunca lo que apetece? ¿Cuándo dejarás de interpretarte a ti misma? Debe de ser un buen sistema. Te ha funcionado muy bien.

Pausa.

GLORIA.— ¿Has ido al entierro?

ASSUMPTA.— De allí vengo.

Gloria respira hondo.

GLORIA.— ¿Llegaron las flores que mandé?

ASSUMPTA.— Eran las de mejor gusto.

GLORIA.— La maldita función de tarde... *(Pausa)* No nos dijo nada.

ASSUMPTA.— Quiso darnos una lección. Le encantaba ir por la vida dando lecciones. *(Bajando la voz)* Y al monstruo, también.

GLORIA.— ¿Qué haces aquí?

ASSUMPTA.— Vengo a fastidiar.

GLORIA.— ¡Cuánto honor!

ASSUMPTA.— ¿Cuándo terminas?

GLORIA.— ¿El qué?

ASSUMPTA.— Eso, los recitales. ¿Hasta cuándo estás?

GLORIA.— Quince días más y se acabó.

ASSUMPTA.— ¿Y después, gira?

GLORIA.— Sí. No muy larga. Ya veremos. Me da pereza.

ASSUMPTA.— La ingresaron hace una semana. No quiso que avisaran a nadie. Se negó a dar ningún teléfono.

GLORIA.— Hace años aprendí que lo que no hiciera yo misma por mí, no lo haría nadie. Y he salido a flote. Yo, por lo menos, no voy por el mundo dando lecciones. No soy hipócrita.

ASSUMPTA.— ¿Y frígida? ¿No eres frígida?

GLORIA.— No todos los hombres que se han metido en mi cama me han dado el mismo placer. De algunos, ni me he enterado.

ASSUMPTA.— Sabía que nadie, nunca, haría nada por mí, pero no quería pensar que trabajaba sola, para mi carrera y basta. Tenía que haber algo más amplio, que alcanzara a otras cosas y a otra gente.

GLORIA.— No me hagas reír. Has pasado por encima de los cadáveres que te ha interesado.

ASSUMPTA.— Lo que ocurre es que yo no me he casado nunca con nadie. Lo he dicho siempre: yo no me caso con nadie. Me arrejuntó, pero no me caso. ¿Era eso pasar por encima de los cadáveres?

Pausa larga.

GLORIA.— El primer viaje a París. Ana, su amiguito de curso. Primer curso en la Escuela. María, tú, yo, tu hermano Francisco... Alguien más, todavía. En la "La joie de lire" robé un par de libros. "La joie de lire"... Hoy casi nadie sabe que existió esa librería...

ASSUMPTA.— ¿Qué debe ser mejor? ¿Morir primero o vivir mientras van muriendo los demás?

GLORIA.— Vivir es siempre lo mejor, estúpida.

ASSUMPTA.— Aquel viaje a París sólo puedes recordármelo tú. Si

mueres antes que yo, cosa que espero, nadie más volverá a hablarme de él. Cada vez más espacios en negro. Hasta hace un momento nos quedaba María...

GLORIA.— Prometía mucho, pero enseguida se vio que era mala actriz.

ASSUMPTA.— Mediocre, más que nada. Entonces no parecía tan mala.

GLORIA.— No, mala actriz, no. No era actriz. Y punto. Le faltaba sensibilidad.

ASSUMPTA.— No; eso no.

GLORIA.— No digo para la vida, pero sí para el teatro. Ya lo creo que sí.

ASSUMPTA.— ¿Qué voy a hacer sin ella?

Pausa.

GLORIA.— Nosotras somos mejores.

ASSUMPTA.— Por lo menos hemos llegado mas alto. Tú, con tus gritos, y yo, intentando representar la vida.

GLORIA.— Debe de ser muy difícil hacer que te respeten en toda Europa sólo a base de gritos.

Pausa.

ASSUMPTA.— Estaba muy satisfecha de mi carrera. Si volviera a nacer, la escogería de nuevo. Hasta hoy. Cuando hacía criaditas pensaba: "Da igual; algún día les mostraré de lo que soy capaz, y todos éstos que me rodean y que ni me miran se caerán de culo y se arrepentirán de no haberme hecho caso..." No contaba con el monstruo. He demostrado que soy alguien, quizá, pero aquellos que me rodeaban ya han desaparecido. No están. Sólo hay fantasmas. No puedo esperar a que un fantasma se caiga de culo. Vino una chiquilla a preguntarme cosas de la Ribera...

GLORIA.— A mí también.

ASSUMPTA.— Largué mucho. Demasiado. Pero enseguida me di cuenta de que no me entendía. De verdad; esa chica, en el fondo, no me entendía. Le faltaban puntos de referencia. No sé cómo se las arreglaba la Ribera para comunicarse de aquel modo con nosotras.

GLORIA.— Sabía que estaba sola. Partía de este hecho. Si hubieras escogido, como yo, la soledad, desde un principio, ahora no te sorprendería tanto. *(Pausa)* Supongo que todo el mundo está solo. Y cada uno se defiende como puede. Yo tengo el teatro.

ASSUMPTA.— ¿Y yo, qué? ¿La mierda?

GLORIA.— ¿Qué sientes cuando se hace la luz y tienes que salir a escena?

ASSUMPTA.— ¿Qué sentía? Terror. No habría salido.

GLORIA.— ¿Todavía hoy?

ASSUMPTA.— Todavía la última vez que actué en el teatro. Más que nunca.

GLORIA.— Yo también. Y es magnífico. Tu propio miedo, tu terror, aquí, a este lado de la luz, y su espera escéptica o ilusionada, en el otro lado; la espera de esos cabrones que han pagado para mirar. No he perdido ninguna de las sensaciones del primer día. Salgo a la luz y les vomito mi terror, vomito una historia que va tomando forma a medida que el miedo se va convirtiendo en palabras.

ASSUMPTA.— Y si tenía suerte, que la tenía a menudo, aquellas miradas del otro lado me ayudaban a tirar del carro hasta el final. No, no son tan cabrones.

GLORIA.— Pero estás indefensa ante ellos. Y pueden joderte. Salgo a la luz, les vomito mi historia, me aplauden seguramente, pero sigo estando sola. Aunque algo siempre se gana, ¿por qué no? Lo bastante para seguir tirando. Tú lo has dicho.

ASSUMPTA.— Para seguir tirando durante la representación. No después. Tú, sí. Tú tienes ánimo suficiente y cambias a Sean por otro amante. Por descontado. Si no, no serías Gloria Marc. Yo he perdido. Se acabó. No sé si volveré a hacer teatro.

GLORIA.— ¿Qué? ¿Pero qué dices?

ASSUMPTA.— Lo que has oído.

GLORIA.— Es una broma, ¿no?

ASSUMPTA.— No, no creo que vuelva a hacer teatro. ¡Se acabó! ¡No pienso volver al teatro! ¡Y a ti no te importa nada!

GLORIA.— Entonces, ¿a qué has venido? ¿A decirme que no vas a volver al teatro, aun cuando ése sea un asunto que a mí no me importa nada? ¡Supongo que si has venido hasta aquí será por algo! ¡Resulta que no es asunto mío el que tú decidas hacer o no

hacer más teatro, pero sin embargo, mira por donde, has venido hasta aquí para decírmelo personalmente!

ASSUMPTA.— He venido a comunicarte que desaparezco, que me voy; como las otras. Que ahí te quedas. Todo el escenario para ti solita. Y que cuando termines y vayas a salir no te olvides de apagar la luz. Detrás de ti no queda nadie.

Pausa.

GLORIA.— ¡Ah, no! ¡No puedes hacerme eso!

ASSUMPTA.— Y eso es todo. Así que..., ¡que usted lo pase bien!

GLORIA.— ¡Eso no me lo haces tú a mí! ¡Espera!

ASSUMPTA.— ¡Mándame una postal!

GLORIA.— ¡Espera! ¡Espera, hija de puta, espera! ¡No estás sola!

Assumpta se detiene.

ASSUMPTA.— ¿Qué?

GLORIA.— *(Nerviosa)* No estás sola.

ASSUMPTA.— ¿Ah, no? ¿Por que regla de tres no estoy sola?

GLORIA.— Porque todavía quedo yo.

ASSUMPTA.— ¿Tú? ¿Y qué?

GLORIA.— *(Nerviosa)* Te necesito, lo mismo que tú. Necesito saber que estás ahí; quiero poder pensar, cada vez que sale una buena crítica mía en los periódicos, que tú la lees y que te cabreas; quiero poder tener la sensación de que te estoy ganando la partida; pero quiero también que puedas hacerme daño de vez en cuando, quiero poder sentirme herida por cualquier declaración tuya, quiero poder cabrearme con lo que piensas y con lo que haces. Sólo tú puedes juzgarme todavía. Y sólo yo puedo juzgarte a ti. Cuando ya no nos quede ni siquiera eso... Pero eso todavía nos queda. *(Alto)* ¿Qué más quieres que te diga? ¡Maldita seas! ¡Lo sabes perfectamente! ¡Lo sabes perfectamente y maldita seas por los siglos de los siglos!

ASSUMPTA.— ¡Huy, ahora sale la trágica! ¿Qué pretende insinuar la señora a la que le gusta tanto la soledad y todo eso?

GLORIA.— Que no abandonarás el teatro, que no lo permitiré, y que tú tampoco quieres abandonarlo. Estás asustada, eso es todo. No

te atreves a pedirme lo que quieres pedirme y por eso me estás haciendo chantaje. De acuerdo. ¡No abandonarás el teatro porque saldrás conmigo al escenario!

ASSUMPTA.— ¿Yo, contigo?

GLORIA.— ¿Tendré que repetírtelo muchas veces? ¡No has venido a decirme que dejas el teatro! ¡Has venido a decirme que trabajarás conmigo!

ASSUMPTA.— ¡Dios mío, qué noticia! ¡No acabo de creérmelo! ¿De verdad? Mira, puede que lo piense. ¿Actuaríamos juntas?

GLORIA.— Durante un tiempo. Hasta que las heridas cicatricen. Haremos esa función de Ibsen. ¿Ibsen te gusta, no?

ASSUMPTA.— Está a medio camino entre tú y yo.

Pausa.

GLORIA.— ¿Entonces?

Pausa.

ASSUMPTA.— No nos llevaremos bien. Nos peharemos. Sólo verte ya me saca de quicio. En el contrato tiene que quedar claro que, vayamos donde vayamos, tendremos camerinos separados. *(Pausa)* Sí. Haremos la función. *(Pausa)* Gracias.

GLORIA.— Vete a hacer puñetas.

ASSUMPTA.— Gracias, hija de puta, gracias.

GLORIA.— *(Cambiando de pronto a un tono intrascendente)* ¿Por qué no hacer, de vez en cuando, una obra de caridad?

ASSUMPTA.— ¿Caridad, eh? Espera a que salgan las críticas.

GLORIA.— ¡Oh...! Seguro que te ponen mejor a ti. Les gusta desorientar al personal.

ASSUMPTA.— Quien no se consuela... Pero tiene que haber un buen Borkman. Si no, nada.

GLORIA.— María estaba convencida de que nunca llegaríamos a trabajar juntas.

ASSUMPTA.— Y tenía razón. Nunca nos verá trabajar juntas.

Entra la Muchacha, con cierta timidez. Lleva en las manos una caja grande, por detrás de la cual sobresale su cabeza. Se detie-

ne. Las mira. Assumpta y Gloria callan de repente y la miran también, fríamente, sin invitarla a avanzar.

MUCHACHA.— Perdón. He interrumpido la conversación.

Pausa.

ASSUMPTA.— *(Inicia un movimiento)* Sí, pero ¿a igual.

MUCHACHA.— No sabía que las encontraría juntas.

GLORIA.— ¿Venías a verme a mí?

MUCHACHA.— Sí... Quizá haya sido mejor encontrarlas a las dos... Es un momento triste, ¿verdad...? Conocí a su amiga María Caminal... No esperaba que muriese tan pronto.

ASSUMPTA.— Nadie esperaba que muriera, y punto.

MUCHACHA.— Hablé con ella. Me dijo que iba a morir.

ASSUMPTA.— *(Brusca)* ¿A ti?

MUCHACHA.— Sí.

Pausa.

ASSUMPTA.— A tí.

GLORIA.— *(Rápida)* ¿A qué has venido, guapa?

MUCHACHA.— Traigo un regalo.

GLORIA.— *(Más amable)* ¿Para mí?

MUCHACHA.— Supongo que sí. Supongo que tiene que ser para usted. Aunque la señora Roca también tiene algún derecho.

Mira a todos lados y acaba dejando la caja en el suelo. Empieza a abrirla.

GLORIA.— ¿Qué es?

MUCHACHA.— Un momento.

Extrae de la caja un teatrillo viejo, destartado, de preciosa factura. Lo enseña.

GLORIA.— ¿Un teatrillo?

ASSUMPTA.— Calla. Se parece mucho... ¿No lo ves? Se parece al de la Ribera.

GLORIA.— No puede ser.

MUCHACHA.— Creo que es el de la Ribera.

GLORIA.— ¿De dónde lo has sacado?

MUCHACHA.— Lo he tenido siempre, desde pequeña.

Gloria y Assumpta se han acercado.

ASSUMPTA.— (Señalando) Las iniciales.

GLORIA.— Sí, lo es.

ASSUMPTA.— ¡Dios mío!

Levantán el telón —de color rojo oscuro y algo mugriento— y miran por dentro.

GLORIA.— La última cosa que esperaba volver a ver en mi vida. ¡Qué detalle! Pero ahora es tuyo. No deberías regalarlo.

MUCHACHA.— He decidido que sí. He decidido que no tengo derecho a quedarme con él.

ASSUMPTA.— (Animada, a la Muchacha) ¿Y las figuritas, siguen en su caja? Sácalas.

MUCHACHA.— No las tengo. Se perdieron. Todas.

Pausa.

ASSUMPTA.— ¿De qué sirve un teatro si no tiene personajes?

GLORIA.— Ya no es un teatro. Sólo un objeto. (Amable, a la Muchacha) No puedo aceptarlo, de ninguna manera. Es tuyo. Un objeto precioso. ¡La de recuerdos que nos trae!, ¿verdad, Assumpta? Pero si tú me lo regalas a mí, yo vuelvo a regalártelo a ti. Voy siempre de un lado para otro, terminaría llenándose de polvo.

ASSUMPTA.— Y ya tiene suficiente.

GLORIA.— Mejor que te lo quedes tú. (Trivial) Imagínate que acabas de heredarlo.

MUCHACHA.— (Desconcertada) Creía... (A Assumpta) ¿Usted tampoco lo quiere?

ASSUMPTA.— ¿Yo? No, muchas gracias. Y menos sin figuritas.

MUCHACHA.— (Atreviéndose) Pero... ¿no habían deseado... muchísimo... tener este teatro?

ASSUMPTA.— No lo recuerdo... Sí.

GLORIA.— Hablas de tanto tiempo... No podemos quitártelo.

ASSUMPTA.— (De repente, a la Muchacha) ¿Cómo van los ensayos?

MUCHACHA.— ¿Qué ensayos?

ASSUMPTA.— Los de la obra de la Ribera, supongo.

MUCHACHA.— ¡Ah! Es que... no me dieron el papel.

GLORIA.— ¿No?

ASSUMPTA.— ¡Qué pena!

GLORIA.— ¡Ay, pero si te había dicho que hablaría con el director! ¡Qué cabeza la mía! No te preocupes. Se pierde una oportunidad pero enseguida aparece otra, ya lo verás.

MUCHACHA.— No lo sé.

ASSUMPTA.— Yo tengo que irme.

GLORIA.— Espera, me voy contigo. (A la Muchacha) Muchísimas gracias, de verdad. Es tu teatrillo. Tienes todo el derecho. No lo dudes. Ya nos veremos. Ahora que te conozco seguiré tu carrera con atención. Y algún día... trabajaremos juntas.

ASSUMPTA.— (En lo suyo) Y busca las figuritas. Búscalas, hazme caso.

Saludan a la Muchacha, que se ha quedado inmóvil, y cruzan el escenario hacia la salida.

GLORIA.— (Mirando hacia la sala, de reojo) Estamos en un escenario y vamos a hacer el mutis definitivo. ¿Cuál de las dos va a decir la última réplica? ¿Y si nos lo hacemos a cara o cruz?

ASSUMPTA.— ¡No! ¡No me fío de ti! Aparte de que yo no quiero la última réplica, yo quiero la mejor réplica.

GLORIA.— Muy bien. En ese caso..., las dos hacemos mutis... en silencio. Muertas de miedo, como siempre.

ASSUMPTA.— ¡No hay porque tener miedo! En cuanto empecemos a hablar ya son nuestros. ¿Te acuerdas...? “Cuando te pierdas en

el desierto de la tarde, y te deslumbre el azul de la mar tan lejana, te sentirás mirado por mi propia mirada.”

GLORIA.— No, no, espera. “¿Hablas ya de marcharte? ¡No amanece todavía! Es el ruiseñor y no la alondra quien estremece tu oído. Confía en mí, amor mío; ha sido el ruiseñor.”

ASSUMPTA.— “¡El ruiseñor!”

GLORIA.— No, no. Escucha ésta: “Tendría que producirse un milagro. Y yo ya no creo en los milagros. Tendríamos que cambiar hasta el punto de que nuestra unión se convirtiera en un verdadero matrimonio. Adiós.” ¡¡Pumba!!

ASSUMPTA.— ¿Adiós? Entonces...“¡Adiós, luz que tanto he amado!”

GLORIA.— No. Eso no vale. Ésta no te la quedas para ti sola.

GLORIA Y ASSUMPTA.— *(Al tiempo)* “¡Adiós, luz que tanto he amado!”

Sus voces se han ido perdiendo. Pausa. La Muchacha continúa quieta un momento. Después coloca el teatrillo sobre la caja.

MUCHACHA.— Sin figuritas. Por eso no pude seguir jugando.

Pausa. Enciende una cerilla, la acerca al teatrillo y le prende fuego. Lo mira por un momento. Se va. El escenario está prácticamente a oscuras. El teatrillo está ardiendo. El juego de las llamas crea luces y sombras animadas en las paredes desnudas. Pausa. Y después, poco a poco, empieza a bajar, cubriendo y ocultando escenario y teatrillo, un hermoso telón color púrpura. En el ángulo inferior derecho están dibujadas, en oro, dos iniciales: E. R.

Barcelona, 7/8/1992-8/9/1993

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

Publicaciones y Ediciones
Departamento de Comunicación

Sociedad General de Autores y Editores

Fernando VI, 4. 28004 Madrid
Tel. 349 95 70 / 71
Fax: 308 30 61



Esta publicación ha sido realizada en papel ecológico sin cloro